



UNIVERSIDAD
DE LA REPUBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

***La pareja en tiempos de vértigo:
del amor y lo contemporáneo***

Mariela Patricia Acosta Díaz.

C.I: 1.773.115-9

Tutor: Mag. Lic. Roberto García Podestá.

Tutor revisor: Mag. Lic. W. Gonzalo Corbo Correa.

Montevideo, 2 de mayo de 2017.

Índice :

Resumen.....	3
Introducción.....	4
1-El amor y la pareja para el Psicoanálisis	
1.1-¿Qué entendemos por relación de pareja?	7
1.2- La elección de pareja.....	9
1.3- Amor y Enamoramiento.....	13
1.3.1-El amor sexual maduro: los aportes de Otto Kernberg.....	18
2-Una mirada desde la Psicología Vincular	
2.1- La conformación de un vínculo de pareja duradero.....	23
2.2- El sufrimiento vincular.....	28
3- El amor y nuestros tiempos	
3.1- Breve reseña de las relaciones de pareja a lo largo de la historia.....	30
3.2- La pareja en los tiempos del vértigo: la posmodernidad y el “amor líquido”	33
A modo de reflexión.....	38
Referencias Bibliográficas.....	43
Notas.....	46

Imagen de portada: Detalle de “El beso”, Gustav Klimt, 1907-1908.

Óleo sobre lienzo, 180x180 cms.

Galería Belvedere, Austria.

Resumen:

Con la intención de comprender las consecuencias de los avatares por los que atraviesan las parejas en nuestra época, es que procuramos con este trabajo realizar un recorrido bibliográfico a través de lo que el psicoanálisis y la psicología vincular aportan sobre el tema del amor y la pareja.

Partiendo desde un paradigma de complejidad se realiza una indagación que aborda tanto autores clásicos como contemporáneos. A través de la descripción del amor de pareja y del trabajo que este sugiere, se hace un recorrido por tales aportes teóricos para una mejor comprensión de la temática.

En esta monografía se pone de manifiesto la importancia de dicho vínculo, así como las características psíquicas y emocionales que este lazo involucra, tanto en su conformación como en sus posibilidades de mantenerse en el tiempo.

Resalta, además, aspectos que desde lo socio-cultural condicionan la formación de relaciones satisfactorias, así como la calidad vincular y la constitución de subjetividad en ambos integrantes de la pareja. Para ello se realiza un acercamiento teórico a aspectos que hacen a las nuevas formas de relacionarse que trae consigo la época en la que vivimos.

Por último se consideran las maneras en que el psicoanálisis puede acompañar, estimular y propiciar en los individuos la reflexión sobre las complejidades que nuestra contemporaneidad promueve en la vivencia del amor y el relacionamiento de pareja.

Palabras clave: amor de pareja, psicoanálisis, vínculo de pareja, contemporaneidad.

Introducción:

El amor es un sentimiento que ha acompañado al hombre a través de su historia. Sentimiento que ha ocupado principalmente a poetas, artistas y filósofos desde siempre y que nos remite a una emoción inherente al “ser” humano y a su naturaleza.

Vemos al amor como un constructor de subjetividades que a lo largo de los siglos ha funcionado como pro-motor de un tipo particular de relacionamiento humano: la pareja.

Si bien la pareja humana se muestra a simple vista como algo natural en nuestra cultura, esta naturalidad no implica que dejemos de reconocerla como una de las formaciones sociales más complejas, así como tampoco podemos dejar de aceptar su complejidad a nivel psicológico.

Hablar del amor se hace difícil ya que nos referimos a algo a lo cual cuesta ponerle palabras. De todas maneras intentamos desde aquí volcar una mirada que nos ayude a reflexionar y debatir sobre uno de los temas importantes de la vida, temas que convocan las emociones y los conflictos humanos. A pensar más acerca de una temática tan espinosa e importante a nivel del ser, sobre la que no hay un saber posible y en la que, sin embargo, solemos comportarnos muchas veces como si supiéramos perfectamente de qué se trata.

Ese amor que interesa al hombre desde siempre nos sigue interrogando, y es por eso que nos proponemos con este trabajo un acercamiento al tema del amor humano, más específicamente a lo que refiere al amor de pareja, desde un punto de vista psicológico, puntualmente desde una perspectiva psicoanalítica, en un intento de comprender su compleja trama y su desarrollo a través de nuestra contemporaneidad.

La relación de pareja es causa habitual de muchos de los trastornos afectivos que sufrimos como jóvenes y adultos, sólo una cosa es capaz de producir tanta angustia y tanto dolor como la muerte, y esa cosa es el amor. Es por eso que nos proponemos pensar, específicamente, en el amor de pareja tal y como lo vemos en lo cotidiano, atravesando la vida de las personas, produciéndoles sueños y des-ilusiones, placeres extremos y dolores insoportables.

Cabe acotar en este punto, y para establecer algunas aclaraciones que ayudarán a llevar adelante la lectura del presente trabajo, que al referirnos a relación de pareja estamos pensando en un vínculo heterosexual con determinadas características como son: la libertad en la elección mutua, un origen mayoritariamente basado en el enamoramiento, cierta permanencia en el tiempo, un proyecto vital común y el compromiso que este conlleva, entre otras.

Lo que se intenta exponer en esta monografía es solo un punto de vista acotado, que aspira a ser complementado en un futuro con otras perspectivas a pensar. Reconocemos la existencia de otros tipos de relacionamiento de pareja (como el amor de pareja homosexual por ejemplo) como representantes de las formas de vinculación contemporáneas sobre las cuales se está construyendo conocimiento y por eso creemos que merecen una atención especial que jerarquice sus complejidades, aspecto que excede los alcances de este trabajo.

Es importante destacar también que no pretendemos desde aquí establecer un modelo acabado de cómo debe ser una relación de pareja, por el contrario, reconocemos explícitamente su variabilidad y singularidad, especialmente en los tiempos que corren.

Otro punto a señalar es el que refiere al vínculo. Si bien hoy día para muchas personas los vínculos pasan por una relación donde tienen lugar múltiples formas de “encuentro” con un otro a través de la pantalla de una computadora o de un celular, este trabajo se propone pensar los vínculos desde los encuentros cuerpo a cuerpo, desde lo vivencial del relacionamiento cara a cara con el otro. Sin embargo no dejamos de reconocer la importancia que las nuevas tecnologías de comunicación juegan de manera concreta en las formas de relacionamiento actuales, lo que las hace merecedoras de ser tratadas en detalle, hecho que resultaría imposible de abarcar en esta instancia.

Por lo tanto, se intentará con esta monografía dar algunas respuestas a partir de una profundización teórica de escritos psicoanalíticos en relación al amor de pareja y a los movimientos psíquicos que lo forjan y lo mantienen, o no, a lo largo del tiempo; aportando además una visión desde la psicología vincular que arroje luz en lo referente a ese estar con otro al que remite la pareja.

Es así que en el recorrido de este estudio se presentarán primeramente algunas herramientas teóricas que nos ayudarán a establecer parámetros en relación al trabajo psíquico que conlleva la formación de una pareja, se describirán conceptos tales como amor de pareja y sus distintas etapas, así como temas relacionados al establecimiento y mantenimiento del vínculo. Se tomarán en cuenta los aportes de Freud conjuntamente con los de diferentes autores como Otto Kernberg, Janine Puget, Isidoro Berenstein, Mariam Alizade y Miguel Spivacow entre otros.

A su vez, se buscará articular con una visión más desde lo social, que nos acerque a la complejidad de la conformación del vínculo y al mantenimiento del amor de pareja en la actualidad, como proyecto y construcción a futuro. Se intenta reflexionar, también, sobre las contradicciones que puedan existir entre las exigencias y modos sociales vigentes y su relación con el amor, la pareja y los factores que psíquicamente los favorecen.

Es por eso que en segundo lugar proponemos una aproximación al actual escenario donde se desarrollan dichos vínculos, apuntando a los cambios que este mundo globalizado les impone. Tomaremos para ello la perspectiva que nos proponen, además de otros autores, Zygmunt Bauman y Gilles Lipovetsky, para poder pensar acerca de las nuevas formas de encuentro entre los sujetos que promueve nuestra época.

Pretendemos, entonces, considerando a la pareja desde una perspectiva de complejidad, desplegar interrogantes que nos permitan una reflexión crítica sobre su desarrollo actual.

Usamos el término “complejidad” en el sentido que Najmanovich (2001) hace de él. Para esta autora:

Un abordaje que haga honor a la complejidad debe ser capaz de conjugar de múltiples maneras los distintos niveles del cambio, explorar sus articulaciones, construir itinerarios según las problemáticas particulares que se presenten en cada indagación específica. (...) abarca tanto el plano cognitivo como el ético, el estético, el práctico, el emocional. No se trata de un mero cambio de paradigmas, sino de formas de experimentar el mundo y producir sentido, de interactuar y de convivir, una transformación multidimensional en permanente evolución. (s.p.)

Es así que nos preguntamos:

¿Qué factores ayudan a la creación y el mantenimiento de una relación satisfactoria en una pareja? ¿Qué requerimientos de trabajo psíquico demanda esta situación vincular?

¿Qué lugar ocupa el amor (y específicamente el amor en la pareja) en estos vertiginosos tiempos que habitamos?

¿Qué implicancias tienen estos cambios acelerados sobre el amor de pareja desde un punto de vista de la formación de subjetividades?

¿Cómo puede el Psicoanálisis acompañar y propiciar la reflexión acerca del amor de pareja en nuestra época, articulando el discurso psicoanalítico y el social?

¿A qué metas clínicas podemos aspirar, dentro de la psicología actual, para poder aportar algo en relación a la satisfacción de los involucrados en lo que refiere a la formación y mantenimiento de esas parejas?

Para finalizar, intentaremos reflexionar sobre el papel del psicoanálisis en relación a las vicisitudes que se les plantean a las parejas debido a los cambios que las formas contemporáneas de vincularse traen consigo, problematizando lo abordado y abriendo nuevas interrogantes que permitan seguir pensando el tema.

El amor y la pareja para el Psicoanálisis.

¿Qué entendemos por relación de pareja?

Las relaciones amorosas ocupan un lugar significativo en la vida de las personas. El ser humano posee la capacidad de amar de distintas maneras de acuerdo al vínculo que desarrolle con el o los otros. Es clara la existencia de varios tipos de amor, no es lo mismo si hablamos del amor entre padres e hijos, entre hermanos o entre amigos, por ejemplo. Se hace necesario pensar entonces que el amor de pareja implica algo que lo hace diferente de las antedichas relaciones de amor.

Para Spivacow (2012) el amor de pareja se caracteriza por ser:

(...) Demandante y posesivo e ineludiblemente aspira a mantener al amado en la órbita narcisista del amante. Además, el amor de pareja es un tipo de amor en que, ya sea por presencia o por ausencia el coito y/o la relación genital constituyen un eje fundamental, con todo lo que esto agrega de narcisismo pasional y posesivo. (p.45)

Según este mismo autor, cuando hablamos de amor de pareja, no debemos olvidar que ello implica una agrupación de distintas realidades como por ejemplo que hombres y mujeres aman de distinta manera, que este amor varía con la edad y las diferentes épocas de la vida así como con las diversas etapas por la que atraviesa una pareja.

Vemos entonces que cuando nos referimos a “relación de pareja” pensamos en un vínculo de amor y unión entre dos personas, donde la relación genital juega un papel fundamental.

Para Puget y Berenstein (1989)

El término “pareja matrimonial” designa una estructura vincular entre dos personas de diferente sexo desde un momento dado, cuando establecen el compromiso de formarla en toda su amplitud, lo puedan cumplir o no. (...) La pareja tiene elementos definitorios que pueden referirse a ella como una unidad o una estructura (...) con un alto grado de especificidad. Es considerada tradicionalmente como el origen de la familia desde el punto de vista evolutivo y convencional. (p.13)

El mencionado compromiso no se da únicamente en parejas heterosexuales y debido a la evolución que ha ocurrido en los modelos sociales actuales es que Berenstein corrigió esta enunciación, siendo que hoy existen parejas homosexuales reconocidas tanto social como legalmente.

Estos autores consideran, por lo tanto, a la pareja como un sistema vincular complejo que si bien está conformado por dos individualidades, en su conjunto, es más que la suma de sus partes.

Por su parte, Alizade (2008) nos dice sobre la pareja:

La relación de pareja es una forma de vivir en contigüidad con un semejante con quien se despliegan los campos del “para otro” y del “para sí”. Los conflictos y las armonías entre la dedicación al prójimo y la ocupación de sí mismo constituyen una problemática nodal de la vida de relación. (p.33)

Se plantea entonces la necesidad de un equilibrio entre la agresión y la solidaridad recíprocas en la pareja que permita el relacionamiento empático y fusional que ella requiere. Es en este encuentro, y como producto de esta interacción, que se generan nuevos espacios psíquicos, tanto conscientes como inconscientes, con los aportes de ambos participantes.

De este modo, la relación de pareja es una construcción conjunta, que se forja en el intercambio afectivo entre sus integrantes.

En resumen y teniendo en cuenta las contribuciones de estos autores, la pareja es, entre otras cosas, un sistema vincular complejo que involucra construcción e intercambio entre sus participantes, que requiere de un tipo particular de amor que es a su vez demandante, posesivo y fusional, donde entran en juego las relaciones sexuales, se forman uniones de compromiso y a su vez se generan conflictos del orden del “para otro” y “para sí” los que requieren de un equilibrio entre agresión y solidaridad para poder solucionarse.

Por lo tanto, ¿qué es lo que lleva a que un sujeto elija formar una pareja?

El ser humano necesita de otros en todo el trayecto de su existencia. A partir del nacimiento nuestra vida será siempre un proceso, un continuo de experiencias, conexiones y vínculos que darán cuenta de una historia personal en permanente interacción con el mundo y con los otros. Nuestras relaciones amorosas son parte de una realidad fundamental de la existencia y su nacimiento y fin son difíciles de comprender y de aceptar.

Si bien en la actualidad formar pareja es una elección, una opción de vida (aunque durante muchísimo tiempo no haya sido más que un mandato social muy fuerte) estar en pareja es una experiencia que le ocurre a la mayoría de las personas en algún momento de su existencia, incluso a muchas de ellas en forma recurrente y, como uno de los tantos vínculos que alguien puede entablar con otro, tiene ciertos modelos de funcionamiento que la caracterizan y, aunque sería deseable que detrás de la formación de una pareja haya algo del orden del amor, las motivaciones para establecerla pueden ser muchas y diversas.

Como plantea Alizade (2008):

“Pareja” es un término que define a un conjunto de dos personas unidas por un contrato manifiesto o latente de intercambio libidinal, amoroso, deseante. El deseo no está exclusivamente enfocado hacia una demanda de amor y compañía: las ansias de poder, la comodidad y el interés económico son anzuelos para las elecciones de pareja. (p.49)

En los capítulos siguientes revisaremos más de cerca estos temas, para intentar entender que nos lleva a escoger a una persona como pareja y no a otra.

La elección de pareja

Cuando dos adultos deciden unirse en pareja se forma un lazo de convivencia en el ámbito de una promesa o juramento. Es un encuentro de dos personas que se eligen para construir un destino en común y que traen consigo su estructura psíquica y características narcisísticas, sus historias amorosas anteriores, sus diferencias, sus miedos, deseos y expectativas. Existe siempre en esta unión un contrato manifiesto o encubierto (modificable con el tiempo), que regula las reglas que regirán la interna de la vida en común. (Alizade, 1997, p.917).

Pero cuando de enamorarse se trata... ¿qué es lo que une a uno con otro? ¿Qué rasgos tornan al otro irresistible?

Alizade (2008), parafraseando a Freud en su ensayo sobre el chiste, plantea que:

(...) La fuerza que emana de un ser y lo incita a comunicarse con el semejante. Esta pulsión, unida a la pulsión sexual, interviene en el deseo de tener una pareja, pues el estado de pareja no es solamente un estado amoroso sino por sobre todo un estado de compañía e intercambio frecuente. (p.50)

Para Freud (1986a- 1914) el amor se halla vinculado a la pulsión. Concibe que éste pueda ser entendido desde el análisis que hace del narcisismo y del estado de enamoramiento. En sus inicios dicho sentimiento tiene una base narcisista, en tanto toma como objeto al propio yo, para luego dirigirse a los objetos.

En la página 73 de “Introducción del narcisismo” (1986a-1914) escribe:

Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los pseudópodos que emite. (...) Las emanaciones de esta libido, las investiduras de objeto, (...) pueden ser emitidas y retiradas de nuevo (...).

Este concepto nos permitirá entender, en el decurso de este trabajo, ideas relacionadas a nociones como enamoramiento y amor maduro, así como aportará luz en lo que refiere a la comprensión de los tipos de vinculación- desvinculación actuales.

Por otro lado, creemos que el amor adulto encuentra su base en los vínculos de cuidado primarios a partir de los que se establecen huellas de satisfacción e inscripciones erógenas

inconscientes, que marcan el modelo de vínculos que el niño desarrollará a lo largo de su vida.

Durante el período de lactancia, el sujeto aprende a amar a aquellos que lo cuidan y satisfacen sus necesidades vitales. El vínculo con ellos no es asexual, sino que en la persona que lo asiste encuentra una fuente de excitación a través de las zonas erógenas. La satisfacción sexual está, en sus inicios, ligada a la nutrición. Dado que las pulsiones sexuales se apuntalan (o apoyan) en las de autoconservación, el objeto que sacia la necesidad de alimento del sujeto es, a la misma vez, el que le proporciona la satisfacción de su actividad sexual. Desde entonces, la madre, proveedora de cuidados y alimento, se establece como objeto de placer del bebé.

El acto de mamar es el más importante en la vida del niño en este período evolutivo y constituye el punto desde el cual parte la vida sexual.

Freud (1987-1917) señala al respecto:

El mamar del pecho materno pasa a ser el punto de partida de toda la vida sexual, el modelo inalcanzado de toda satisfacción sexual posterior, (...). Incluye el pecho materno como primer objeto de la pulsión sexual; no puedo darles una idea de la importancia de este primer objeto para todo hallazgo posterior de objeto, (...). (p. 287)

El encuentro con ese primer objeto es, por lo tanto, de vital importancia para toda elección objetual posterior. Empero, el pecho materno se abandona como centro en el acto del chupeteo, ya que tras la experiencia de satisfacción, comienza a suscitarse en el niño una necesidad de volver a sentir el placer que la misma le ha generado, más allá de la recepción del alimento.

Durante la vivencia de satisfacción que produce el chupeteo, aparece una ganancia de placer vinculada a la excitación de la boca y los labios (zonas erógenas que prevalecen en esta etapa vital del bebé). El placer así alcanzado es designado por Freud como de tipo sexual. (ibíd., p.286).

En su búsqueda de placer, el bebé va resignando su primer objeto de pulsión por la actividad de chupeteo y, a partir de éste, va logrando independencia del mundo exterior sustituyendo al pecho materno, finalmente, por una parte de su propio cuerpo (sus manos, por ejemplo). Busca y encuentra sus objetos en el propio cuerpo, se comporta de manera autoerótica.

Por otro lado, Freud (1997a-1912, pp.174-175) ya había planteado dos tipos de corrientes que conforman la historia del desarrollo de la libido: una tierna y otra sensual.

Si bien las discrimina, plantea que para que se asegure una conducta amorosa normal lo esperable es que ambas puedan fusionarse.

La corriente que él llama tierna es la más antigua y encuentra su origen en la primera infancia. Se basa en las pulsiones de autoconservación y es dirigida a la familia y las personas que se ocupan de la crianza del niño.

Por su parte la corriente sensual se termina de establecer durante la pubertad, es allí justamente donde esta corriente tropezará con la barrera del incesto. Este proceso permitirá la reconducción de la pulsión sexual hacia otros objetos, habilitando así, en un transcurso exogámico, el vínculo con otras personas más allá de los padres.

Con la pubertad, comienzan los cambios que llevan a la conformación final de la sexualidad en el adulto. Es en esta fase que la pulsión sexual pasa de ser autoerótica al hallazgo de un objeto sexual exterior al propio ser.

Como señala Freud (1998-1905, p.123), el objeto sexual es “la persona de la que parte la atracción sexual”. Se trata de una elección inconsciente por parte del sujeto, fruto del trayecto particular que ha hecho a lo largo de su desarrollo psicosexual.

Pensamos que si en su búsqueda de ganancia de placer se trata de trascender el propio cuerpo (autoerotismo) en pos de la presencia del otro como objeto de amor, no solo se intenta en ello la satisfacción de la pulsión sexual, sino que también se busca placer con la presencia de otro ser como complemento necesario de los ideales y las fantasías (que a su vez sirven de sustento a la pulsión sexual) y que abren un proceso que puede desembocar en el amor maduro.

Como señalamos con anterioridad, la elección de objeto en la pubertad deriva del desarrollo libidinal del niño, por lo tanto esto se ve reflejado en los caminos que llevan a su elección.

En el acto de elegir a una persona o un tipo de persona como objeto de amor, se distinguen, según Freud (1986a-1914, p.87), dos caminos.

Se puede amar:

“según el tipo del apuntalamiento: a. A la mujer nutricia, y b. Al hombre protector” y, “según el tipo narcisista: a. A lo que uno mismo es (a sí mismo), b. A lo que uno mismo fue, c. A lo que uno querría ser, y d. A la persona que fue una parte del sí-mismo propio”.

Ambos tipos de elección parten de quienes fueron los objetos originarios de todo sujeto: él mismo y su madre.

Si bien se indica que la elección objetual por apuntalamiento (también llamada anaclítica) es característica del hombre y la elección narcisista es típica en la mujer, esto es señalado únicamente por generalización, ya que el mismo Freud resalta que los dos caminos para la elección de objeto se abren a todos los sujetos por igual.

En el tipo de elección por apuntalamiento nos encontramos con que la selección del objeto de amor se produce sobre la imagen de las figuras parentales, de aquellos que, en la infancia, dieron satisfacción a las necesidades del ahora adulto. (ibídem)

Por otro lado, en el camino narcisista, el individuo busca a su objeto sexual partiendo de la imagen o de un ideal del sí-mismo.

Sobre esto nos dirá:

Entonces se ama, siguiendo el tipo de la elección narcisista de objeto, lo que uno fue y ha perdido, o lo que posee los méritos que uno no tiene. En fórmula paralela a la anterior se diría: Se ama a lo que posee el mérito que falta al yo para alcanzar el ideal. (Freud, 1986a-1914, p.97)

Además el vínculo amoroso se encuentra influenciado por los avatares del tránsito edípico, a partir del cual se internalizan los modelos identificatorios propuestos por los padres, tanto como los modelos sexuales ofrecidos por la sociedad. La prohibición del incesto es uno de los pilares fundamentales del modelo social occidental, con el fin de regular la salida exogámica del sujeto, con sus consiguientes logros.

Es de gran utilidad destacar la influencia que el complejo de Edipo tiene no solo a la hora de escoger a un futuro acompañante amoroso, sino que también nos ayuda a comprender la emergencia de conflictos en el interior de la relación, así como la orientación del deseo y su combinatoria con la prohibición del incesto.

De todas maneras llegar a la edad adulta no implica necesariamente haber alcanzado la madurez y el compromiso que esta época conlleva, por el contrario, existen muchas personas que, aún teniendo alta edad, siguen manteniendo un psiquismo añorado o adolescente, dominado por el narcisismo y la rigidez psíquica. (Alizade, 1997, p.919).

Como reflexión sobre este tema tomamos las palabras de Green (citado por Varela, 2004, p.146) que nos hace pensar en que: "(...) encaminarse hacia objetos ni incestuosos ni parri-cidas, es un largo, difícil y tortuoso camino donde muchos se detienen antes de la línea de llegada".

Es cierto que el amor no puede ser entendido si no es en relación al vínculo infantil con los padres, en donde él toma cuerpo, pero no es menos cierto que no le podemos reducir solamente a ello, pues el amor de pareja no es la simple repetición de los amores de la infancia, es algo más. Vemos en el campo de la pareja un terreno privilegiado para los procesos de renovación y cambio que dan lugar al ingreso de lo novedoso como oportunidad de resignificar el pasado. Todo ello va de la mano de una comprensión de la evolución del vínculo, así como de paciencia y compromiso.

Si bien esta puede ser una posible forma de ver a la elección de amor que nos propone el psicoanálisis, no es la única ni tampoco la respuesta final a como se elige un compañero de pareja. Existen además otros aspectos en juego, tanto para la elección de la pareja como para que luego esta unión se mantenga en el tiempo.

Amor y Enamoramiento

“Enamorarse es amar las coincidencias y amar es enamorarse de las diferencias”. Anónimo.

A pesar de que amor y enamoramiento son tratados como sinónimos en la jerga cotidiana, cabe hacer una distinción entre ellos, ya que son dos modos diferentes del funcionamiento mental y, si bien no existe un límite exacto entre uno y otro, según Spivacow (2012), el enamoramiento se ve como el motor de la tendencia pasional y el amor como el promotor de la tendencia realista, en lo que hace a los vaivenes de la vida de pareja. Para este autor, el amor implica un trabajo psíquico que abarca múltiples expresiones, que incluye espacios para el desencuentro y la no coincidencia, promoviendo a su vez los aspectos que apoyan la tolerancia a la frustración y la elaboración de la posesividad y la distancia existente entre los seres; mientras que el enamoramiento se apoya en funcionamientos psíquicos más arcaicos, como la idealización, la proyección y la denegación. (p.43).

En el marco de las elecciones de objeto, en el enamoramiento se daría:

(...) El fenómeno de la sobrestimación sexual: el hecho de que el objeto amado goza de cierta exención de la crítica, sus cualidades son mucho más estimadas que en las personas a quienes no se ama (...) se ama sensualmente al objeto sólo en virtud de sus excelencias anímicas y lo cierto es que ocurre lo contrario, a saber, únicamente la complacencia sensual pudo conferir al objeto tales excelencias. (Freud, 1989b- 1921, p.106)

Cuando la persona se encuentra en el estado de enamoramiento deposita en el ser amado una gran carga de libido narcisista y muchas fantasías, por lo que se la idealiza ; se ama en base a ideas de perfección que se depositan en el otro: “Se ama en virtud de perfecciones a que se ha aspirado para el yo propio y que ahora a uno le gustaría procurarse, para satisfacer su narcisismo por este rodeo” (Freud, 1989b-1921, p.106).

El enamoramiento es una experiencia compleja donde, a nivel psíquico, se ponen en juego diferentes aspectos. (Spivacow, 2017, s.p).

Por un lado, se instala una especie de “ceguera” en los enamorados, en donde cada uno de los partenaires proyecta en el otro su ideal del yo, por lo que el compañero empieza a guiar

funcionamientos psíquicos que, antes del estado de enamoramiento, regía el propio sujeto. Cada uno empieza a funcionar bajo las normativas del otro, las sentencias del compañero prevalecen sobre las propias y no existe opinión crítica sobre el objeto de amor.

Se da también un descentramiento del ser del enamorado: toda su atención pasa a girar en torno de la persona amada.

Por otro lado, los *partenaires* se ven invadidos por una sensación “oceánica” donde los límites entre uno y otro se ven borrados. Se movilizan funcionamientos psíquicos muy primitivos, regidos por el principio del placer, donde la captación del otro depende mucho más de la imaginación del sujeto que de lo real del otro.

En este período, el mecanismo fundamental de registro y conexión con la otra persona es la idealización. Ésta a su vez se ve acompañada de la desmentida de todas aquellas cosas cuyo reconocimiento vendría a negar el reencuentro idílico con el otro. Decimos reencuentro y no encuentro con el otro porque para los enamorados (aunque no se den cuenta de ello) se trata de un reencontrarse con un estado de satisfacción que reedita las experiencias más tempranas con sus objetos primarios.

Además, existe un predominio de fantasías de completud total, buscan al opuesto que los complete, a la “media naranja”.

En el enamoramiento, más allá de que se moviliza una fantasía de encuentro duradero con el otro, existe una gran intolerancia a la frustración y una búsqueda constante de satisfacción inmediata, características que lo diferencian del amor.

Por su parte, cuando hablamos de amor, si bien éste tiene una raigambre inconsciente al igual que el enamoramiento, su funcionamiento se rige por el principio de realidad, más de acuerdo con la conciencia. Cuando nos referimos al amor pensamos en una experiencia de relación con el otro donde predominan los elementos racionales, los espacios para las diferencias y el desencuentro, para la no coincidencia.

Desde el punto de vista de Alizade (2008): “El compromiso en el amor hace que la palabra “amor” cobre inusual importancia. El amor eleva al ser elegido a un espacio psíquico que supera el acto carnal y los espejismos de la seducción y del enamoramiento” (p.167).

Acoger al otro por lo que es se erige como una condición indispensable para amarlo en lo concreto porque cuando la relación es con el otro en su totalidad, el sí mismo es estimulado y provocado a salir de sí. La capacidad de amar supone la necesidad de elaborar la herida

narcisista que entraña el reconocimiento de la alteridad. No hay verdadero amor si no existe un reconocimiento del otro en tanto tal.

Mientras que en el enamoramiento la comunicación era simbiótica y fusional, en el amor la comunicación estará marcada por el deseo de conocer al otro como alguien distinto y también por exponerse a él como un ser con identidad propia, disfrutando de la gratificación que el contacto íntimo con alguien diferente proporciona.

La comunicación se vive profundamente con la pareja, pudiendo lograr un grado de contacto emocional ideal en un vínculo de amor, que los lleve a una relación satisfactoria y muy probablemente a una relación de amor estable, manteniendo la identidad propia y la diferenciación en el vínculo.

En esta etapa la idealización ha decaído, por lo tanto el sujeto es capaz de incorporar los aspectos ambivalentes amor-odio y a su vez puede tolerar la separación del otro, lo que le permite observarlo de un modo más objetivo.

Surgen las capacidades que permiten imaginar un futuro en conjunto, planificarlo, organizarlo y trabajar juntos para lograrlo, lo que implica ciertos niveles de compromiso con las metas y con la persona amada, lo que da permanencia en el tiempo.

Otro aspecto que se despliega es el de la contención, definido por la capacidad que esta estructura vincular tiene para tolerar altos niveles de ansiedad y angustia, y en caso de que cualquiera de los *partenaires* realice una demanda, ésta pueda encontrar cabida. Por último, la vida sexual en la fase de amor sexual estable, se vive como una experiencia de entrega mutua.

Por su parte Erich Fromm (2002) nos dice que el amor, como todo arte, requiere de esfuerzo y conocimiento, del desarrollo de una teoría y una práctica constantes así como de un profundo interés por el dominio de este arte. Sostiene que "(...) la esencia del amor es "trabajar" por algo y "hacer crecer", que el amor y el trabajo son inseparables. Se ama aquello por lo que se trabaja, y se trabaja por lo que se ama" (p.36).

Este autor plantea la capacidad de amar como un acto de dar, como expresión de potencia, riqueza y poder a nivel humano. Es en el propio acto de dar de sí misma, de su propia vida, que la persona se enriquece y enriquece al otro, nos muestra al amor como un poder que produce, a su vez, amor. Esta capacidad de dar que supone el amor pone de manifiesto la existencia de una orientación productiva en la persona, que trae consigo, por un lado, una superación de la dependencia infantil y de la omnipotencia narcisista, así como un crecimiento en el coraje y la fe en sus capacidades para lograr los fines que se proponga.

Para Fromm (2002), el miedo a amar, a darse, es una muestra de que se carece de dichas cualidades. Además de la capacidad de dar, el amor involucra otros elementos fundamentales como son el cuidado, la responsabilidad, el respeto y el conocimiento del otro. Implica la preocupación activa por la vida y el crecimiento del amado, la responsabilidad como acto

voluntario de respuesta a sus necesidades psíquicas, el respeto como la conciencia de su individualidad y la voluntad de que la persona amada se desarrolle a su manera, tal cual es. Todo esto no es posible si no existe un profundo conocimiento del otro y un trascender de la preocupación por sí mismo en pos de ver a la persona en su otredad, a través de la experiencia de unión. (pp. 35-37).

Por otra parte, Freud (1989b-1921) dice que:

(...) El enamoramiento no es más que una investidura de objeto de parte de las pulsiones sexuales con el fin de alcanzar la satisfacción sexual directa, lograda la cual se extingue; es lo que se llama amor sensual, (...). La certidumbre de que la necesidad que acababa de extinguirse volvería a despertar tiene que haber sido el motivo inmediato de que se volcase al objeto sexual una investidura permanente y se lo "amase" aún en los intervalos, cuando el apetito estaba ausente. (p.105)

De manera que quien ama expresa la conjunción de necesidades pulsionales y fantasías las que, trascendiendo la inmediatez, organiza en un proyecto con la persona que despierta su sensualidad. Pero la sola satisfacción de la necesidad pulsional no define la conducta amorosa ni su permanencia, sino que esta necesita también nutrirse de ternura. El vínculo amoroso se despliega, entonces, como generador de un espacio donde se transitan las posibilidades conflictivas y creativas de los amantes, generando desde ese lugar una relación de complementariedad que puede conducirlos a abandonar el círculo vicioso del narcisismo, transformando la necesidad de la satisfacción pulsional en amor. (Adissi, s.f, p. 981)

Green, citado por Varela (2004, p.144), sostiene en lo que refiere a este punto que la verdadera fusión entre la corriente tierna y la sensual, nos dirige hacia una relación que ya no llamaremos sexual, "sino con otra palabra supuestamente sinónima pero diferente: la relación amorosa".

En la relación amorosa, entonces, se generan acciones por parte de los amantes que tienden a tener en cuenta la sensibilidad y las necesidades del otro. Esto implica un esfuerzo activo que llevan al crecimiento y a la felicidad de la persona amada, así como a una voluntad cargada de afecto que permite la realización de dicho esfuerzo.

En vista de las diferentes características existentes entre enamoramiento y amor es que nos preguntamos: ¿Cómo deviene el enamoramiento en un vínculo de amor constituido y perdurable?

Para Spivacow (2012, p.46) este pasaje a la formación de una pareja con proyecto de duración no se da siempre que nos enfrentamos a una situación de enamoramiento. Dicho desarrollo requiere de ciertos procesamientos psíquicos, pesando fuertemente la contribución que el otro representa para el equilibrio personal y para la organización defensiva del yo.

Como vemos, la elección no solo implicará la atracción erótica y sensual por el compañero sino que también se relaciona con la seguridad que éste proporciona al yo, en tanto que la persona elegida no convocaría los aspectos de la personalidad que la organización defensiva ha necesitado excluir. Las características del compañero promoverán una aceptación inconsciente, y ayudarán a reforzar los mecanismos de defensa destinados a cerrarle el paso a aquello que genera angustia al sujeto.

El componente defensivo está siempre presente, aunque en proporciones variables, en la conformación de la pareja. El *partenaire* aporta al sujeto una seguridad interior que contribuye a mantener su "homeostasis narcisista". (Spivacow, 2012, p.46).

Otro aspecto importante a la hora de la elección amorosa estable es lo que hace al estatus socio-cultural. En este caso el sujeto se enamora de rasgos del otro que refieren a la pertenencia social y no tanto de lo que corresponde a características físicas o de personalidad.

Por su parte, Alizade (2008, p.97), plantea que al momento de formar una pareja el ser humano tiende a desplegar sus mejores atributos y, por el contrario, esconde sus características más oscuras en pos de la anhelada conquista amorosa. Pero es cuando la unión se ve consumada, y con el paso de los días, que empiezan a surgir los aspectos no tan subyugantes del otro. Es en este momento que la pasión por el compañero idealizado debe dar paso a una pasión por conocerlo en su totalidad, tanto en sus aspectos positivos como en los negativos. La asimetría que es característica de la pasión del enamoramiento debe ceder su lugar a una simetría¹ deseante y necesaria, que ayude al conocimiento y al acompañamiento del otro para que pueda establecerse "una conyugalidad exitosa" (Alizade, 1997, p.918).

En lo que refiere al amor de pareja, Fromm (2002) nos plantea al amor erótico como exclusivo, como el deseo de fusión con una única persona. Esto lleva a pensarlo equivocadamente como una relación posesiva, pero dicha posesión, para este autor, remite solo a la etapa del enamoramiento. En la relación amorosa, amar al otro en exclusividad, desde la esencia del ser, desde la voluntad y el compromiso se vuelve una premisa que permite un vivenciar a la otra persona en su particularidad. Desde su punto de vista, en un amor maduro se da la paradoja de la fusión de dos seres que se unen pero sin perder su integridad. No existe una simbiosis, por el contrario, es esa unión la que les otorga la posibilidad de superar la profunda angustia que generan la separación y la soledad de su existencia humana, a la vez que les permite ser ellos mismos y crecer en ese acto de dar. (p.30)

En el apartado siguiente intentaremos profundizar sobre el concepto de amor maduro, tomando en cuenta las contribuciones que Otto Kernberg hace al respecto.

El amor sexual maduro: los aportes de Otto Kernberg

“Una vida conjunta se vuelve depositaria del amor, una fuerza poderosa que proporciona continuidad frente a las discontinuidades de la existencia cotidiana”

O. Kernberg

Establecer relaciones amorosas y poder mantenerlas implica disponer de ciertas capacidades que Kernberg (1995) identifica en las relaciones de amor maduro. Tales capacidades (como la idealización del otro, la necesidad de su compañía, la confianza que genera, el perdón, el sentirse agradecido por el amor recibido y correspondido así como el mantenimiento de un ideal compartido), permiten acercarse, desde su punto de vista, a una vivencia más enriquecedora del amor.

Como forma de comprender las capacidades y limitaciones en la obtención de relaciones amorosas maduras Kernberg (1995) propone lo que él denomina como amor sexual maduro y que define como un compromiso existente en la pareja en lo que refiere a los ámbitos del sexo, las emociones y los valores. Compromiso que surge de la transformación del deseo erótico, que pasa de ser un particular afán de relación sexual con un objeto elegido a la consolidación de una relación con una persona específica, lo que permite que se combinen factores inconscientes del pasado de cada componente de la pareja con las expectativas conscientes de un futuro en común, dando origen a un nuevo ideal del yo, que es así, compartido. (p.44).

Esta evolución, que se origina en la excitación sexual transformada en deseo erótico hacia otra persona, permite llegar al enamoramiento y éste, en su desarrollo, nos acerca al amor maduro. Evidentemente, este camino no es recorrido sin dificultades (lo que implica siempre posibilidades de quiebres y rupturas). Cuanto más el enamoramiento se transforma en amor maduro, más entran en juego aspectos relacionados con la agresividad y la diferenciación, pero, nos dice Kernberg (1995), no debemos olvidar que la madurez se enriquece de la ambivalencia.

Antes de proseguir, cabe acotar, que si bien se nos propone la madurez emocional como forma de acercarse a cierta estabilidad en la relación de pareja, también se nos advierte que el hecho mismo de una relación comprometida y profunda no garantiza la ausencia de oscilaciones. Incluso frente a condiciones que se nos aparecen como seguras los cambios pueden ocurrir, abriendo brechas en el delicado y complejo equilibrio del vínculo de pareja, que pueden llegar hasta el rompimiento. En sus palabras: “Una pareja no puede dar su futuro por sentado ni siquiera en las mejores circunstancias (...)” (p.118).

Además, nos advierte que su trabajo no es más que una exploración en lo que refiere al amor y que tomarlo como una receta de lo que es normal o no sería un error.

Teniendo en cuenta estas aclaraciones, vemos que, como disposición emocional compleja, el amor sexual maduro integra tanto el deseo erótico hacia la otra persona, la ternura (que surge de poder tolerar la ambivalencia, natural en todo vínculo, entre la agresividad y el amor, con predominio de éste), la identificación empática con el otro y la idealización del *partenaire* como ser total (a diferencia de lo que ocurre en la idealización del enamoramiento) así como el compromiso con la otra persona y con la relación de pareja.

Además, la selección madura de la persona que uno ama y con la cual quiere pasar su vida involucra ideales maduros, juicios de valor y metas que, aparte de satisfacer las necesidades de amor e intimidad, le procuran un sentido más amplio a la vida. (Kernberg, 1995, p.117)

Detengámonos un momento, entonces, a observar los elementos que, según la definición de Kernberg, integran el amor maduro.

- El deseo erótico.

Si hacemos un recorrido que nos lleve a pensar al deseo erótico como el inicio en este camino hacia la consolidación de una relación de compromiso deberíamos, a su vez, preguntarnos por los orígenes de dicho deseo.

Ya Freud (1997-1910) proponía que en toda relación amorosa normal la búsqueda inconsciente del objeto edípico otorga la base donde se sustentan el anhelo y la idealización del objeto de amor.

No es novedoso decir que la constelación edípica atraviesa todas las relaciones humanas incluyendo, obviamente, a la relación de pareja. Tanto en hombres como en mujeres existe una necesidad inconsciente por superar las fantasías y las prohibiciones edípicas. Esto los lleva a cruzar los límites de las prohibiciones sexuales y generacionales como forma de reconstrucción, por parte del individuo enamorado, de la historia de dichas relaciones. Este cruce de límites permite una transformación de las fantasías inconscientes mediante la realidad de una experiencia subjetiva, la experiencia romántica. La relación de pareja permite, entonces, reactivar el mito edípico en ambos *partenaires*, aportando un aspecto renovador y creativo transformando el encuentro en un nuevo reencuentro con el objeto de amor. (p.102)

Por otra parte, las vicisitudes de las relaciones preedípicas madre infante aparecen como la base del deseo erótico, dejando implícita en su psicodinámica una huella de fusión con el otro. Esto sumado a la capacidad de relacionarse en un vínculo íntimo con un objeto diferenciado de sí mismo y a su vez integrado en su totalidad, sería lo que permitiría el desarrollo de una capacidad de establecer relaciones amorosas maduras.

El deseo erótico, pensado como búsqueda de placer orientada hacia otra persona, implica un anhelo de intimidad y fusión, a la vez que permite integrar progresivamente relaciones objetales parciales en relaciones de objeto totales. Dicha integración se da tanto a nivel de las representaciones en el propio *self* como también en las del objeto de amor. Para Kernberg (1995) este pasaje de objetos parciales a objetos totales profundiza la experiencia sexual dando comienzo a un proceso que lleva al amor sexual maduro:

La capacidad para enamorarse es un pilar básico de la relación de pareja. Supone la capacidad para vincular la idealización al deseo erótico, y el potencial para establecer una relación objetal profunda. Un hombre y una mujer que descubren que se atraen y se anhelan recíprocamente, que son capaces de establecer una relación sexual plena que les procura intimidad emocional y una sensación de realización de sus ideales en la proximidad del otro amado, están expresando no sólo capacidad para vincular inconscientemente el erotismo y la ternura, la sexualidad y el ideal del yo, sino también para poner la agresión al servicio del amor. (p.109)

- La ternura.

La ternura refleja la tolerancia de la ambivalencia existente entre el amor y la agresividad que se genera en el vínculo amoroso, como en cualquier otro vínculo. Es una expresión del enamorado de su capacidad de preocupación por la persona amada, por su objeto de amor. Como expresa Kernberg (1995): “El sentimiento de ternura es una expresión de capacidad para la preocupación por el objeto del amor. La ternura expresa amor al otro, y es un resultado sublimatorio (reparador) de las formaciones reactivas contra la agresión” (pp. 73-74).

Cabe aclarar que si bien la tolerancia a dicha ambivalencia enriquece mucho a la pareja -ya que promueve la activación de los guiones inconscientes y de la identificación proyectiva en ambos *partenaires*- la agresión excesiva la amenaza con conflictos que se hacen intolerables y que la pueden llevar a la ruptura. En el amor maduro, la capacidad para perdonar el comportamiento del otro es necesaria para la supervivencia del amor tras los conflictos y los periodos en los que predomina la agresión. En un sentido más amplio, la capacidad de perdonar refleja el reconocimiento de la propia agresividad, lo que a su vez permite el desarrollo de actitudes reparatorias hacia la relación traumatizada.

- La identificación.

Con el tiempo, se produce en la pareja un interés en la historia personal, ideales y aspiraciones del amado que favorecen la identificación. En este proceso, los valores del otro se hacen propios, desarrollándose la capacidad de sentir placer y satisfacción con el cumplimiento de los sueños e intereses del compañero: se es feliz por los éxitos personales del otro. Todas estas son expresiones de madurez que aportan crecimiento a la relación de amor.

- La idealización.

Para Kernberg, la idealización establece una continuidad entre lo que él llama el amor “romántico” y el amor maduro. Diferencia una primera idealización, primitiva, que tiene como característica el predominio de los mecanismos de escisión, que preservan los elementos idealizados de los persecutorios o “totalmente malos” (p.80). Creemos que este tipo de idealización es el que tiene lugar dentro del enamoramiento, tema que se desarrolló en el apartado anterior.

También hace referencia a un segundo momento en lo que confiere a la idealización dentro del proceso de la pareja. Es una idealización que se produce ahora en un contexto de relaciones objetales totales, lo que permite el desarrollo de las tendencias reparadoras en relación a la culpa y la preocupación por el otro amado, facilitando la unión entre el deseo erótico y la ternura. Dicha evolución en la idealización del otro, favorece también la idealización de su sistema de valores, lo que da trascendencia a la interrelación de la pareja permitiendo que: “A través de la relación presente con el objeto amado, se vinculen las experiencias del pasado, el presente y el futuro imaginados” (p.81). En cuanto a este tipo de idealización entendemos que se vincula a la desarrollada en el amor maduro de pareja, según vimos en el anterior capítulo.

- El compromiso y la pasión.

La pasión sexual es un estado emocional que tiende puentes de unión entre estructuras psíquicas separadas, a la vez que permite el cruce de esos puentes. Permite una entrega, una unión al otro idealizado, pero sin perderse en la fusión, aceptando los riesgos de abandonarse totalmente a una relación con el otro con la esperanza de dar y recibir amor, además de reafirmar el compromiso con el amado, en relación al futuro y a un proyecto vital compartido.

Kernberg (ibídem) cuestiona la aseveración frecuente que afirma que la pasión sexual y el deseo erótico ceden en intensidad a lo largo del desarrollo de la relación de pareja, siendo

sustituidas por una relación más profunda pero a su vez más tranquila, donde la importancia inicial del sexo cede frente a un sentido de compañerismo.

Por el contrario, afirma que de acuerdo a su experiencia clínica, constituyen un rasgo permanente de las relaciones amorosas y no solo una expresión temporaria del enamoramiento. Proporcionan intensidad, consolidación y renovación a las relaciones a lo largo de toda la vida de la pareja, haciendo profundizar a los *partenaires* en su capacidad intuitiva para entender y manejar los cambios y las necesidades tanto propias como del compañero.

El hecho de que a lo largo de las distintas etapas de la vida el deseo sexual varíe no implica una disminución en la intensidad de significación de los compromisos eróticos que conlleva. El posible éxito en una relación de amor requiere de flexibilidad y amplias capacidades de ajuste mutuo en relación a los intereses y las necesidades sexuales, tanto propias como del compañero. Compartir las intimidades del propio cuerpo equivale a compartir las intimidades de la vida emocional y la idealización del cuerpo del otro no tiene por qué verse afectada debido a los cambios producidos por el envejecimiento y la enfermedad.

En la opinión de Kernberg (ibíd., p.89), la pasión sexual “Es una fuerza importante de la empatía con la persona amada”, que ayuda a contener las limitaciones reales de la vida humana tales como el abandono, la enfermedad y la muerte. Permite la conciencia profunda del amor hacia una persona, con la aceptación de que, como precio a pagar por el compromiso total con el otro, existirán deseos que se tornarán irrealizables.

En síntesis, transformar el enamoramiento en una relación amorosa estable es un trabajo que implica el desarrollo de la capacidad para la ternura (con preocupación por el otro y un refinamiento de la idealización), además de la capacidad para la empatía y la identificación profunda con el objeto de amor. Pero esto también presenta una contracara ya que si bien, como hemos dicho, la integración de la agresión, las relaciones objetales y el ideal del yo de la pareja aportan intensidad y profundidad al vínculo, la realidad es que el equilibrio entre amor y agresión es dinámico, lo que resta estabilidad tanto a la intensidad como a la profundidad que le otorgan al mismo.

Implícito en el amor maduro está la aceptación sincera de la propia necesidad esencial del otro y un elemento de gratitud por su existencia, por su amor. Conlleva aceptar la incertidumbre derivada de posibles cambios en la relación que no pueden predecirse.

Por otro lado, la madurez emocional, no es garantía de estabilidad para la pareja, porque aunque el compromiso sea profundo y los valores y experiencias compartidas enriquezcan la estabilidad del vínculo, los conflictos aparecerán.

El conocimiento y la aceptación de lo ineludible de los conflictos, de las discontinuidades inevitables de toda relación, de la agresividad y las discrepancias en lo cotidiano así como en las experiencias sexuales y en las expectativas respecto a la relación son parte de lo que hace que la vida de una pareja sea a la vez peligrosa y apasionante. Para encarar estas vicisitudes, se requiere de una reevaluación continua de los valores de la propia personalidad que deben ser respetados por el otro, e igualmente tolerar y respetar los valores básicos y esenciales de la pareja.

El compromiso de una vida en común, basada en el amor maduro, facilita la creación de soluciones para hacer frente a estos conflictos.

Una mirada desde la Psicología Vincular.

La conformación de un vínculo de pareja duradero

“Es que, en nuestra sociedad occidental, la pareja es el formato en que suele practicarse el amor cuando se prolonga en el tiempo.”

M.A.Spivacow

Sin dejar de lado que no existe una respuesta única en lo que al amor de pareja refiere, es que nos proponemos pensar qué es un vínculo de pareja y cuáles son sus características desde los aportes de la Psicología Vincular. Cuál es su función, para qué sirve, por qué se está en pareja, qué se puede esperar, y que no, de dicho vínculo son algunos de los aspectos que intentaremos dilucidar desde esta perspectiva.

Hoy en día se intentan nuevos movimientos para la comprensión de los procesos humanos y la relación del sujeto con sus objetos se estudia desde varios puntos de vista, especialmente como una interacción recíproca entre sujeto y objeto. Para poder entender las relaciones que se establecen en pareja es enriquecedor partir de un enfoque que la conciba como un sistema en movimiento e interacción.

Con el interés de poder emprender esta temática es que creemos necesario, primeramente, poner en claro lo que entendemos por vínculo.

Para Puget y Berenstein (1989), la palabra vínculo proviene del latín *vinculum*, de *vincire*: atar. “Significa unión o atadura de una persona o una cosa con otra. También se usa para

expresar unir, juntar o sujetar” (p.32). Hacen alusión, además, a que atar refiere a su vez a unir o juntar con ligadura o nudos, que se supone que atan duraderamente.

Según Spivacow (2012):

Un *vínculo* es un conjunto de funcionamientos, interinfluencias y determinaciones psíquicas, generado por las investiduras recíprocas de dos o más sujetos cuyos psiquismos son abiertos. Las investiduras deben ser significativas; si el sujeto y el otro no están enlazados por cierta satisfacción pulsional no transitoria, la consistencia de la relación no alcanza a constituir un vínculo, no se da la interpenetración. (p.21)

Para este autor la influencia bidireccional y recíproca que gira en torno al vínculo hace que surjan cambios en el suceder psíquico de los involucrados, lo que modifica lo propio de cada uno, conformando así un sistema donde se incluyen, en el caso de la pareja, dos aparatos psíquicos abiertos.

Por su parte Puget y Berenstein (1989) plantean que:

Para todo vínculo es condición necesaria la presencia de un referente externo. De ahí deriva su bidireccionalidad, en tanto ambos yoes son simultáneamente o sucesivamente (...) lugar del deseo y de la realización del deseo del otro. De este encadenamiento surgirá un espacio cada vez más significativo (...). Los dos habrán de ser alternativamente fuente de deseo y objeto deseado y de acción uno para el otro, (...). (pp. 37-38)

Es entonces que, desde la influencia que tiene uno en la homeostasis psíquica del otro, surgen regulaciones recíprocas que, en un vínculo bien avenido, proveen de suministros narcisistas a sus integrantes.

Es en esta bidireccionalidad del relacionamiento, en este impacto en el otro y del otro, que resalta un hecho a tener en cuenta: el “otro” da paso a lo diferente, a la ajenidad, pero también a la semejanza y permite entender la percepción del sujeto sobre sí mismo y sobre los demás.

Esto nos hace pensar en el importante papel de la interinfluencia de los *partenaires* en el contexto del vínculo de pareja.

Si bien el enfoque psicoanalítico tradicional se ha ocupado de un profundo estudio a nivel intrapsíquico de la subjetividad individual, nos parece importante reflexionar sobre los aspectos interpersonales que la relación de pareja conlleva. Es por eso que incluir lo que refiere a lo intersubjetivo del vínculo nos parece una contribución importantísima del Psicoanálisis Vincular, que nos aporta otros enfoques que enriquecen la vertiente intrapsíquica.

Se hace necesaria, entonces, la implementación de un abordaje que tome en cuenta ese aspecto de la relación con el otro, que posibilite el entendimiento y la introducción de variables que enriquezcan el análisis, tanto a nivel teórico como de los sentimientos y las necesidades humanas.

Desde el punto de vista de la Psicología Vincular existen tres dimensiones a tener en cuenta en todo suceso psíquico, y, obviamente, esto no escapa a los acontecimientos psíquicos en relación al amor y la pareja. Dichas dimensiones serían la intrasubjetiva, la intersubjetiva y la transubjetiva, e interesan fundamentalmente por el aporte que arrojan sobre la complejidad del vínculo de pareja.

Si pensamos en la pareja como relación dual, resalta entonces la importancia entre lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo del vínculo.

Para Spivacow (2012) una magnitud es impensable sin la otra, son las dos caras de un único funcionamiento sin fronteras nítidas entre ellas, como en una banda de Moebius. Plantea que “las perspectivas intra e inter no son en ningún sentido antagónicas, son dos puntos de vista a articular con el fin de dar mejor cuenta de la complejidad en juego” (p.21).

Prosigue Spivacow (2012, p.21) diciendo:

En el análisis de un sufrimiento amoroso, desde la perspectiva intrasubjetiva, el paradigma es el aparato psíquico conteniendo conflictos, objetos y determinaciones internas. Desde la perspectiva intersubjetiva el paradigma es el vínculo, campo relacional en el cual la experiencia psíquica de los participantes se determina recíprocamente.

En la dimensión *intrasubjetiva* el otro y el mundo exterior son reducidos a la condición de objetos internos y no se les reconoce en su alteridad y autonomía; se pone el acento en el mundo interno del sujeto, en las representaciones (y los afectos que se ligan a ellos) que se generan en las relaciones del yo con el o los objetos. Aquí la presencia del otro, si bien es necesaria, es considerada accesoria en lo que refiere al funcionamiento específico de esta área.

En cambio en la dimensión *intersubjetiva* se considera al sujeto como un sistema abierto que constituye una unidad de funcionamiento con el o los otros del contexto, se privilegia al vínculo con todo lo que trae en su función de ligazón duradera que abarca a los yoes. En este caso la presencia del otro se vuelve inapelable. Lo intersubjetivo es esa parte del psiquismo que también abarca productos del otro, representaciones del exterior, que si bien son internalizadas, no se convierten en meramente interiores, sino que permanecen diferenciadas dentro de la subjetividad y funcionan como cuerpos extraños a la vez que alcanzan estatus de representación.

Como planteamos con anterioridad, para Puget y Berenstein (1989) la pareja es una estructura vincular compleja con un alto grado de especificidad. Es una relación intersubjetiva entre un yo y otro yo, donde tiene cabida el mundo intrasubjetivo de cada uno, “(...) una manera de vincular de forma estable y complementaria la diferencia de sexos” (p.16).

Según estos autores, existen parámetros definitorios, que toda persona dispuesta a formar un vínculo de pareja conoce, que son brindados desde los modelos socioculturales y que delimitan tanto lo permitido como lo prohibido. En relación a dichos parámetros, los *partenai-*

res establecen acuerdos y pactos, tanto a nivel consciente como inconsciente. Dentro de estos parámetros definitorios encontramos la cotidianeidad, el proyecto vital compartido, las relaciones sexuales y la tendencia monogámica.

La cotidianeidad, designa a un tipo de estabilidad temporal y espacial, organizadora de los ritmos de encuentro y no encuentro de la pareja, activando modalidades primarias de relación provenientes de marcas impresas en el yo, que son de adquisición temprana. El establecimiento de cierta estabilidad en el vínculo se ofrece como marco para la complejización de la identidad. A su vez, un cierto tipo de inestabilidad promueve el crecimiento y el abordaje de situaciones nuevas.

La cotidianeidad también puede dar lugar a momentos de desencuentro en la pareja, impregnándose de Thánatos y transformándose en tedio, aburrimiento o generando sentimientos de opresión y amenaza.

Establecer un proyecto vital compartido implica organizar un trayecto pensado hacia adelante, es reunir en la pareja representaciones de cosas a realizar en un futuro conjunto. El proyecto vital compartido tiene como característica principal el pasaje a lo cotidiano, lo que lleva a la concreción, o no, de ciertos proyectos. Esto produce momentos de ansiedad y crisis que rompen la estabilidad de la dupla, dando lugar a la renovación o a la formulación de nuevos propósitos a alcanzar.

En cuanto a las relaciones sexuales, cada sociedad organiza este universo de maneras diferentes, estableciendo valores que promueve y otros que excluye. Además, y superpuesto al modelo sociocultural, persiste un modelo individual de relaciones sexuales permitidas o no.

Sara P. de Berenstein (s.f, pp.1-2) agrega al respecto que la constitución de la sexualidad de la pareja se da por medio del encuentro amoroso y sexual de dos sujetos otros (distintos). En dicho encuentro se produce una momentánea anulación de la ajenidad, para después enfrentarse con ella nuevamente. Además dice que: "(...) se necesita de un otro que se instituya como sujeto para lograr el placer sexual, lo que nos lleva a la aceptación de la incompletud, con lo que la pareja tendrá que hacer un trabajo para transformarla" (ibídem).

Por último, Puget y Berenstein (1989) se refieren a la monogamia como el "ligamen matrimonial con un solo cónyuge" (p.22), mencionando en dicho ligamen una peculiaridad que toman como definitoria: la de preferencia, que otorga la cualidad de única a la persona elegida, más allá de los aspectos de éste que puedan resultar incompatibles para el sujeto. Según estos autores, el pasaje de un Objeto Único (entendido como objeto investido de narcisismo originario, con cualidades omnipotentes y omnipresentes) a un objeto Unificado (donde es aceptada en el otro yo la coexistencia de aspectos contradictorios y diferentes)

muestra un avance en el grado de complejización del vínculo amoroso, dicha complejización permite el pasaje desde el enamoramiento a etapas posteriores de la relación amorosa.

Como se planteó con anterioridad cuando nos referíamos a qué hace que una pareja pase de una relación donde prima el enamoramiento a una donde éste se transforme en una relación amorosa duradera - y por el contrario de lo que se cree en el imaginario social- la fuerza del amor que une a los *partenaires* no es, solamente, lo que los mantiene unidos a través del tiempo.

Tal como plantea Spivacow (2017, s.p.), en este pasaje del enamoramiento a un amor estable, más importante que la atracción mutua entre ambos compañeros es la contribución que el otro hace a la organización defensiva del sujeto. Se hacen relevantes, entonces, los aportes que el otro de la pareja hace en relación a la homeostasis narcisista de su compañero, así como su contribución al mantenimiento de los aspectos defensivos que éste ha establecido para cerrar el paso a las pulsiones y los contenidos psíquicos que le resultarían disruptivos. Esto, por supuesto, ocurre en ambos componentes de la pareja, lo que nos hace pensar en una perspectiva vincular que involucre ya no a dos individuos por separado, sino que considere, en esta interacción, una nueva entidad psíquica que los integre.

En relación a este tema Rene Kaës (2007, s.p.) ha formado el concepto de Alianza Inconsciente. Este autor plantea que al formar una pareja (como en otras formas de relacionamiento humano) los sujetos:

Se unen por experiencias de placer y displacer, por apuntalamientos tempranos, según diversas formas de identificación, por resonancias fantasmáticas, por investiduras pulsionales convergentes o de signo opuesto, por las palabras que los obligan a una ley que les es común. Pero todas estas modalidades y procesos no alcanzan. Los sujetos de un vínculo deben todavía anudar y sellar entre ellos alianzas, algunas conscientes y otras inconscientes.

Al hablar de alianza nos referimos, en el caso de la pareja, al acto por el cual dos personas se unen con un fin preciso, implica un interés común y un compromiso mutuo. Estas alianzas tienen como principal función mantener y ajustar el vínculo, así como prolongarlo en el tiempo.

Para Kaës (2007, s.p.) en todo vínculo intersubjetivo surge un espacio conjunto y compartido de realidad psíquica inconsciente. Es desde esta realidad psíquica que surgen las alianzas inconscientes como formaciones destacadas. Dichas alianzas no son exclusivas de la relación de pareja, funcionan en todas las configuraciones vinculares.

Según este autor existe una articulación entre las estructuras individuales (intrasubjetivas, con su respectiva lógica inconsciente) y las estructuras intersubjetivas compartidas por ambos sujetos de la pareja (regidas por la lógica de las alianzas inconscientes que mantienen el vínculo). Es en esta articulación que se da la contribución positiva al equilibrio defensivo y

la homeostasis narcisista entre los partenaires, de modo tal que en esta organización vincular no puede comprenderse lo uno sin lo otro. De esta manera ambos integrantes pueden hacer lo que hagan, siempre y cuando la posición subjetiva del otro se lo permita. A nivel popular, las alianzas inconscientes son reconocidas como los múltiples y variados pactos o arreglos que existen entre las parejas.

Que las cosas operen armónicamente en la pareja significa que las alianzas inconscientes están regulando el funcionamiento de la relación dentro de ciertos límites, de no ser así, la inestabilidad de las alianzas influye directamente sobre la estabilidad y durabilidad del vínculo.

Si bien lo intersubjetivo del vínculo de pareja puede configurar una sana construcción de subjetividad en el sujeto, también puede generar desubjetivación y conflicto.

El sufrimiento vincular

Toda pareja implica conflicto, y es que cualquier vínculo duradero atraviesa épocas mejores y peores, en cada etapa de la vida se esperan diferentes cosas de la relación amorosa. Si bien en el imaginario popular amar significa complementariedad perfecta, la verdad es que no existen en estas cuestiones verdades únicas.

La madurez afectiva por sí sola no da la garantía de que la pareja permanezca estable y libre de problemas. La misma capacidad de amar y de apreciar en forma realista a la otra persona, tanto como la experiencia de vida en conjunto, pueden consolidar la relación o llevarla a su conclusión.

Nos dice Alizade (2008):

Disipado el velo del enamoramiento, el vínculo amoroso se modifica; la idealización disminuye y, bajo la luz de la rutina, aparecen defectos y dificultades. Emerge la nostalgia del estado de pasión amorosa. El malhumor da paso a las pequeñas hostilidades de cada día (...). (p. 55)

En general entendemos como conflicto a un conjunto de dos o más situaciones que no pueden darse simultáneamente, que chocan entre sí.

En el caso del conflicto de pareja este puede manifestarse como oposición entre los sujetos que componen el vínculo, entre los significados que cada integrante le otorga a la relación, entre el deseo y la posibilidad de satisfacerlo o no con el otro, etc.

La resolución de dichos conflictos requiere la superación de los obstáculos que se presentan en su constitución, los que derivan de los encuentros y desencuentros, las relaciones de

poder y las diferencias que giran en el interior del vínculo. Cobran aquí importancia los acuerdos y pactos, tanto conscientes como inconscientes, que pasan a ser desatendidos y rotos. (P. de Berenstein, s.f , p.2)

No olvidemos que la pareja se trata siempre de dos seres singulares. Es así que surgen fricciones entre los deseos y expectativas de cada uno, conflictos en cuanto a que el otro no agota el deseo propio y cada tanto tiempo se desea con cierta intensidad a alguien más, conflictos en cuanto a que el otro real, externo, no coincide exactamente con el otro imaginado, interno, etc. (Spivacow, 2012,p.81)

Por otro lado, en la discontinuidad del acontecer humano se incluyen rupturas y tensiones que son inherentes al proceso mismo de crecimiento y evolución.

Es en este sentido que son esperables en la pareja algunas crisis como por ejemplo las que se pueden producir con el nacimiento de los hijos, con la adolescencia o en el momento en que los hijos se van de la casa y la pareja se encuentra sola, los divorcios, los cambios laborales, la entrada a la tercera edad, etc. y que constituyen una oportunidad para que surja el sufrimiento en sus diferentes dimensiones.

Es la resolución favorable del proceso de crisis la que permite el crecimiento y evolución del vínculo matrimonial. Durante las épocas de dificultad se genera mucha angustia, surgen sentimientos y ansiedades complejas tanto como confusión, indiscriminación y dificultades en el pensar. Cuando una pareja está en crisis se pueden observar sentimientos de insatisfacción, dolor mental, rabia, resentimiento y desilusión. Todo esto lleva a los *partenaires* a una vivencia de caos y a la sensación de estar ante una pérdida inminente, que trae aparejados sentimientos de impotencia, duda, perplejidad y confusión. A nivel fenoménico se ve un aumento de reproches y malentendidos y una tendencia al acto que puede involucrar alteraciones en la vida sexual, infidelidad y violencia. A nivel del vínculo se produce una ruptura del equilibrio, lo que lleva a su desorganización, con pérdida y/o rigidización de las defensas habituales y regresión a funcionamientos anteriores, repetitivos.

Para Sara P. de Berenstein (s.f, p.3) se da, por lo tanto, una alteración en varios de los parámetros definitorios de la pareja establecidos por Puget y Berenstein (1989) y, como consecuencia, una alteración en el proyecto vital compartido.

Dicha autora muestra varios factores como desencadenantes de la crisis en la pareja, a saber: factores intrasubjetivos (referentes a la individualidad de cada compañero); factores intersubjetivos de la pareja (momento evolutivo, acuerdos inconscientes que necesitan modificarse, desarrollos desparejos, etc.); factores intersubjetivos que incluyen a las familias de origen; factores transubjetivos (crisis económicas, guerras, terrorismo) y por último otros factores externos (migraciones, mudanzas, cambios socioeconómicos).

Cualquiera de estos factores puede originar una crisis de pareja. Su resolución dependerá del trabajo que realicen sus integrantes en relación a la alteridad y la ajenidad del otro en la construcción del vínculo.

Porque “La pareja, cuando se prolonga en el tiempo y tiene vitalidad, requiere de los sujetos participantes un trabajo sobre la propia subjetividad y sobre el vínculo. (...), todos los vínculos importantes (...) requieren de un trabajo de actualización permanente” (Spivacow, 2012, p.90).

El trabajo psíquico implícito en todo vínculo es fuente de sufrimiento. Dicho sufrimiento es producto de las discrepancias que se producen en el sujeto entre las exigencias que el trabajo psíquico para el armado de ese lazo conlleva y su subjetividad. El pertenecer a un vínculo supone cierta renuncia pulsional, emergiendo el sufrimiento desde las vicisitudes de la presencia y el procesamiento de las diferencias.

El amor y nuestros tiempos.

Breve reseña de las relaciones de pareja a lo largo de la historia

Si bien es claro que para comprender mejor el mundo contemporáneo resulta imprescindible partir de una concepción que considere los hechos que lo componen como un complejo entramado en continuo devenir, no nos detendremos aquí en un profundo y exhaustivo recorrido histórico con el fin de analizar las realidades sociales y culturales que hacen a la relación de pareja, ya que resultaría demasiado ambicioso de nuestra parte. Nos limitaremos más bien a plantear muy brevemente algunos de los aspectos más importantes que entendemos nos ayudarán a comprender el actual escenario en el que se llevan a cabo nuestras vidas.

En el último milenio A.C. aparecieron las civilizaciones guerreras que necesitaban soldados para proteger sus ciudades. Tanto en Grecia como en Roma el matrimonio era una obligación para los ciudadanos. La ley perseguía a los solteros que no cumplían con su deber: tenían que casarse para tener muchos hijos y, por lo tanto, muchos soldados. El matrimonio era un contrato a efectuar entre dos familias, incluso en muchas ocasiones, en cuanto nacía la niña o el niño, ya se sabía con quién se iba a casar y a menudo los esposos se conocían

durante la ceremonia. El matrimonio griego era una conjunción de intereses en la que cada cual aportaba lo que le faltaba al otro: una parcela de tierra u otros bienes.

En la Edad Media, la iglesia cristiana tomó el poder y empezó a imponer su ley dentro de las relaciones de pareja: por primera vez en la historia, el hombre tenía que casarse para toda la vida, ya que todo estaba bajo la atenta mirada de Dios, por lo que las parejas no se podían romper a pesar de lo mala que fuese la relación. La Iglesia también impuso la fidelidad entre los esposos, siendo el adulterio un delito tanto para hombres como para mujeres. El placer fue considerado pecado. La sexualidad sólo servía para concebir hijos y fue censurada en la vida conyugal. En definitiva, amor y matrimonio no estaban necesariamente relacionados.

Como plantea Alizade (2008, p.12) la unión de pareja nace por el siglo XII con el amor cortés, en donde se describía una imagen idealizada del amor: un joven caballero que amaba a distancia a una dama prohibida.

Más adelante se intentó conciliar el amor con el matrimonio aunque dicho "amor" se concebía como un amor a Dios, y tenía más que ver con un amor puro, casto, caritativo, que nacía después del matrimonio. Esto daba sentido al matrimonio entre personas que no se conocían (matrimonios arreglados). Sin embargo, los tiempos cambiaron y el resultado fue que todos querían casarse por amor (los jóvenes deseaban enamorarse y casarse con la persona amada) y este ideal empezó a propagarse. Alizade (2008, p.14) citando a Ariés y Duby plantea como fecha probable que marca un giro en las costumbres maritales el año 1930. A partir de aquí los matrimonios se realizan entre estudiantes jóvenes que, si bien no cuentan con sólidos medios económicos, inauguran el casamiento exclusivamente por amor.

En los albores del siglo XX casarse implicaba fundar un hogar respetable, con valores firmes y una dote de por medio. La idea de divorciarse era remota.

Hasta mediados del siglo XX muchos varones iniciaron su sexualidad en los burdeles, mientras que las mujeres generalmente llegaban vírgenes al matrimonio: para la mujer casada el placer seguía siendo un continente inexplorado.

Después de la II Guerra Mundial, la política familiar estaba en pleno apogeo: existían leyes muy estrictas que regulaban la vida privada (promoción de la maternidad y prohibición del aborto). La familia era lo primero y lo más importante. De la mujer se esperaba que, al poco de casarse, se quedase embarazada. Por otra parte, no podía trabajar sin la autorización de su marido. El divorcio seguía estando mal visto; de hecho, era propio de "mujeres sin principios" y los hijos de padres divorciados estaban prácticamente "condenados al fracaso". El matrimonio era para toda la vida y no había que divorciarse por protección a los hijos.

Avanzado el siglo XX se hacen ver las primeras manifestaciones públicas del sentimiento amoroso. Los jóvenes vivían y trabajaban lejos de sus familias, tomando las riendas de su vida. Empiezan entonces a desafiar las normas establecidas, criticando la ley, la tradición y los matrimonios arreglados. Fue cuando se empezó a hablar de pareja tal y como lo hacemos hoy en día. También era la primera vez en que el hombre y la mujer se elegían entre sí. Más adelante los jóvenes ya cohabitan por el puro deseo de estar juntos y compartir la rutina cotidiana. El derecho a la libertad suplanta al casamiento y la condena sobre el concubinato pierde crédito. (Alizade, 2008, p.14)

El modelo que se venía manteniendo hasta entonces comienza a tambalear. Es así que el ideal de la pareja se convirtió en el de dos individuos que querían ser felices y desarrollarse juntos, sobre todo sexualmente. El placer empezó a no ser visto como pecado y se defendía la libertad en todos sus sentidos. Las prácticas sexuales previamente perseguidas, prohibidas, reprobadas y calificadas de perversas, se convirtieron en prácticas lícitas. Se constituye una auténtica revolución que fue posible también, en parte, gracias a la comercialización de la píldora anticonceptiva la que liberó a la pareja, eliminando la angustia ante la posibilidad de un embarazo no deseado.

La familia ya no era un paso obligatorio: la pareja podía existir con o sin hijos. Al mismo tiempo, el marido fue perdiendo la autoridad histórica que tenía sobre la mujer. A partir de este momento, una pareja se constituía por un hombre y una mujer a partes iguales, esto trajo de la mano la posibilidad de divorciarse.

A partir de la década de 1960, se va imponiendo la idea de que la unión de los individuos de la pareja es de extensión relativa, teniendo como objetivo de esta las relaciones íntimas o la expansión sexual. Crecen los índices de divorcios, separaciones y recomposiciones conyugales.

En la actualidad el matrimonio no es la única forma de vivir en pareja. El matrimonio es considerado un acto interior, un hecho psíquico de compromiso y por eso cada vez es más común ver parejas que forman una familia, crían a sus hijos y se hacen abuelos sin un contrato legal matrimonial. Casarse se demora en pos de priorizar otros aspectos de la vida como el desarrollo profesional o económico. De la misma forma se cuestiona el mandato de antaño sobre el deseo de tener hijos.

Los diferentes tipos de unión de pareja tienen hoy muchísimas combinaciones que posibilitan, desde lo socio - cultural, la apertura a nuevas formas de familia desafiando la tradición hegemónica. En algunos casos, no es necesaria la conformación de una pareja heterosexual para realizarse en el proyecto de paternidad, gracias al desarrollo de distintas técnicas reproductivas.

Por otro lado, las madres solteras por elección son aceptadas. Los casados y los que viven en pareja tienen un mismo valor social: el matrimonio como institución se debilita.

Actualmente se está dando la ruptura con las visiones tradicionales y los valores que organizaban el ideal de cómo ser y hacer, tanto en la pareja como en la familia.

Esperamos que esta recorrida histórica nos sirva para echar un vistazo a nuestro pasado y aprender de cara al presente y al futuro. Se hace imprescindible tomar conciencia de que estamos insertos en un proceso inacabado, en constante transformación, y que las formas de amor van cambiando con el tiempo, aunque siempre queden remanentes de estilos anteriores.

La pareja en los tiempos del vértigo: la posmodernidad y el “amor líquido”

“(...) la pareja no está aislada sino incluida en un espacio social que la impacta y determina en todos los aspectos”

M.A. Spivacow

Las transformaciones que se dan desde lo socio-cultural en las formas de emparejamiento, las actuales tecnologías y el mayor reconocimiento jurídico de los derechos individuales nos obligan a reflexionar sobre las nuevas formas que adquiere el vínculo de pareja.

Como decíamos anteriormente los modos del amor cambian con el tiempo, produciendo nuevos estilos, que si bien se superponen con remanentes de modalidades anteriores, agregan, preservan o eliminan determinados elementos que formaban parte de las maneras de relacionarse en la etapa anterior. Y esto es justamente lo que sucede con el momento histórico contemporáneo (cultura posmodernista²), en relación a la etapa anterior de la que procede (el modernismo) y con la que, de una manera u otra, coexiste. (Sánchez- Escárcega, s.f, p.1)

Como claramente señala Lipovetsky (2000, pp.12-14) se da entonces una

Ruptura aquí, continuidad allá, la noción de sociedad posmoderna no expresa otra cosa: concluida una fase, aparece otra nueva, unida, por lazos más complejos de lo que parecen a primera vista (...). La edad moderna estaba obsesionada por la producción y la revolución, la edad posmoderna lo está por la información y la expresión.

Coincidiendo con estos autores, y en un análisis del recorrido entre modernismo y posmodernismo, Najmanovich (1995) nos muestra cómo a partir de las concepciones desarrolladas en la modernidad van surgiendo los nuevos paradigmas de la época posmoderna. Para la autora, estamos asistiendo al fin de una época (la modernidad) pero a su vez estamos viviendo la agonía que traen consigo el cambio en los modos de vida y las nacientes formas de relacionamiento que surgen en los nuevos contextos posmodernos. (p.34).

Es en la condición actual de las sociedades occidentales que en los vínculos cotidianos emergen peculiares modos de relación. Se nos presenta como una sensación generalizada la percepción de cambios en las relaciones entre los individuos. El desencanto, la perplejidad, la ansiedad provocada por la superposición de tareas, el aumento de las exigencias y la obsesión por hacer rendir el tiempo, hacen vivenciar lo cotidiano como un torbellino en el que los acontecimientos se hacen difusos y veloces. Este fenómeno se relaciona con un contexto de cambio más general, en el que el desarrollo acelerado de las nuevas tecnologías y la legitimación del actual modelo neocapitalista, que es sostenido desde los discursos como el único posible, tienen una profunda incidencia sobre las condiciones sociales, produciendo modificaciones graduales en los modos de vida y los vínculos entre los sujetos.

En este sentido, Lipovetsky (2000) describe el actual estado de conmoción general de los individuos y las instituciones de las sociedades occidentales. Plantea movimientos en las costumbres del individuo contemporáneo en la era del consumo masificado. Surgen modos de socialización y de individualización inéditos, que rompen con los modelos anteriores. Aparece una nueva forma de control de los comportamientos, a la vez que una diversificación incomparable de los modos de vida, una imprecisión de la esfera privada, una nueva fase en la historia del individualismo occidental. Nace una nueva lógica: el proceso de personalización, que remodela los distintos sectores de la vida social y que opera como novel forma de organización para la misma, nuevo modo de gestionar los comportamientos, no por la exigencia en los detalles que primaba con anterioridad sino "(...) por el mínimo de coacciones y el máximo de elecciones privadas posible, con el mínimo de austeridad y el máximo de deseo, con la menor represión y la mayor comprensión posible" (p.6).

Este mismo proceso de personalización promueve masivamente a la realización personal, así como al respeto por la singularidad subjetiva, al derecho a ser íntegramente uno mismo y a disfrutar al máximo de la vida: "Vivir libremente sin represiones, escoger íntegramente el modo de existencia de cada uno: he aquí el hecho social y cultural más significativo de nuestro tiempo, la aspiración y el derecho más legítimos a los ojos de nuestros contemporáneos". (Lipovetsky, 2000, p.8).

La significación de la autonomía y la libertad cambian. Los valores hedonistas, el culto a la independencia personal y el derecho a la libertad se instalan en lo cotidiano. La imagen, símbolo y consecuencia del proceso de personalización es el narcisismo cuya característica más sobresaliente es la preocupación por la realización emocional pero concentrada en la esfera privada. Otra característica del proceso de personalización es la seducción, que interviene tanto en la educación como en las costumbres y las organizaciones. El universo del consumo y la comunicación se presentan como un mundo de seducción y de movimiento

incesante, la novedad y la tentación sistemáticas se erigen como norma donde todo lo nuevo es bello.

En relación a las formas actuales de individualidad, Galende (1998), nos habla de que la misma es impensable sin su referencia a lo público. Según sus planteamientos la individualidad, con la diferenciación y el margen de libertad personal que trae consigo, sólo puede tomar forma en la experiencia del conjunto social. La esfera de lo público (que implica las regulaciones sobre los individuos, la solidaridad, las obligaciones con el conjunto social, etc.) y la esfera de lo privado (donde se incluyen la privacidad, la autonomía y la libertad) compiten entre sí, amenazándose mutuamente de extinción. Es así que un aumento de los valores que hacen a lo público es vivenciado como ataque a las libertades individuales y viceversa. Según este autor la caída de lo público es un rasgo distintivo de nuestra época que tiene como contrapartida una exacerbación del individualismo, lo que trae aparejado un problema: el proceso de individuación se da exclusivamente a través del trato con el otro, por lo tanto, el tipo de realización personal al que se aspira en la posmodernidad no hace más que promover una pérdida de los rasgos de individualidad tan buscados, posibilitando así la masificación. Es entonces que los sujetos, en la intensa búsqueda de afirmación de sus rasgos individuales padece del aislamiento: "lo que logra no es más que alienarse en los rasgos comunes de la propiedad de objetos, consumos, modas, turismo, etcétera." (Galende, 1998, p.69)

Es en este contexto de masificación y alienación que el individuo actual no puede mantener una diferenciación con el conjunto social, lo que lo hace indiferente a él y lo vuelca a una acción creciente sobre sí mismo, que le devuelve una imagen aparente de libertad personal. Para Galende (íbid, p.72) el individuo contemporáneo expresa y abarca en su subjetividad todas las discordancias que el funcionamiento social actual ha creado: el tan esperado triunfo de la libertad individual no ha hecho más que generar desconcierto, angustia por la existencia, más temor por la vida y el futuro y más soledad. Frente a esto surgen el miedo, la inhibición y la desconfianza, que impregnan la subjetividad de los individuos, lo que tiñe sus comportamientos sociales, alejándolos aún más de los otros.

Galende (íbid, p.75), citando a H. Lasch, plantea:

Nuestra sociedad, lejos de fomentar la vida privada a expensas de la vida pública, ha convertido las amistades profundas y duraderas, las relaciones amorosas y los matrimonios estables en algo más y más difícil de alcanzar. Las relaciones personales se han ido transformando en un combate continuo.

La pareja amorosa, como vemos, no escapa al discurso y al conflicto social y se ve impregnada por la tensión entre la imperiosa necesidad del otro a la que remite el amor y la indivi-

dualidad que reniega de toda dependencia, el modelo de amor conocido se ve impactado por los cambios en la cultura actual. Libertad, autonomía e independencia no se acomodan fácilmente a los requerimientos de dependencia, ternura y sexualidad del amor de pareja entonces terminan por convertirse en obstáculos y sufrimiento que se tramitan en el vínculo. De estos conflictos surgen nuevas conductas en los sujetos que se expresan a través de la indiferencia, el desinterés por el otro, una negativa a comprometerse en cualquier relación, un empobrecimiento de la vida afectiva y sexual, una multiplicación de vínculos indiferenciados o, en contrapartida, parejas adictivas donde el otro llena afectivamente la vida convirtiéndose en amenazante y persecutorio.

Sin embargo, para Lipovetsky (2008, p.38) si bien existe una cultura individualista también se da una valoración del amor que no se ve afectado por las formas de comercialización actuantes, es bajo esta dinámica individualizadora que:

(...) Todos quieren ser reconocidos, valorados, preferidos a los demás, deseados por sí mismos y no comparados con seres anónimos e «intercambiables». Si adjudicamos tanto valor al amor es, entre otras cosas, porque responde a las necesidades narcisistas de los individuos para valorarse como personas únicas. Pero precisamente por brillar en el firmamento de los valores, el amor genera con frecuencia lacerantes decepciones.

Para este autor existen conjuntamente un progreso del utilitarismo comercial y una sentimentalización del mundo, que puede apreciarse en el cine, las canciones o las revistas; considera que los sentimientos y el amor no han sido fagocitados por las relaciones comerciales y que para la mayoría de la gente el amor sigue siendo una de las experiencias que mejor representa la “verdadera vida”. Resalta que actualmente no hay matrimonios por interés y que sólo el amor une a la pareja. (Lipovetsky, 2008, p.38).

Si bien encuentra en el amor una experiencia que sigue siendo deseable por las personas, también reconoce que, en estas sociedades dominadas por la individualización, es en la esfera de la intimidad donde se hallan las decepciones más intensas. No obstante destaca una multiplicación de las experiencias amorosas a lo largo de la vida de los individuos la que hace concordar con la lógica de renovación perpetua que promueve el hiperconsumo. Es en esta rotación afectiva que se ponen de manifiesto el miedo a la frustración, la decepción, el desánimo y la insatisfacción que mandan en otros aspectos de la vida de las personas. De todas maneras recalca que la vida amorosa se rige por otros parámetros que tienen que ver más con la lógica del “para siempre” y destaca que a pesar de que muchas cosas han cambiado,

(...) La relación amorosa no es equivalente a las relaciones que tenemos con los servicios y las mercancías. En el consumo, el cambio continuo se vive con alegría; en la vida amorosa, se vive como fracaso. (...). Si alguna cosa es deseable, no es prescindir de los demás, sino tener algo que demandarles, aunque sea poco. Esto es más fácil de decir que de hacer. (Lipovetsky, 2008, pp. 40-41)

En cambio Zygmunt Bauman (2007, p.8) opina que el ideal social de “juntos para toda la vida” hoy no está vigente para las nuevas generaciones cuyos integrantes, si bien están ávidos de relacionarse, desconfían todo el tiempo de ese estar vinculados eternamente porque tienen temor de que esto restrinja sus libertades, tornándose en una carga que no pueden ni quieren soportar. Los compromisos del tipo “hasta que la muerte nos separe” se transforman en contratos transitorios y propensos a ser rotos unilateralmente, evitando así el intento de salvar el vínculo cada vez que se encuentran obstáculos a la satisfacción o aparece en el horizonte una oportunidad más ventajosa.

En la modernidad líquida (como Bauman denomina a esta etapa de la modernidad en contraposición a la primera modernidad o modernidad sólida) encontramos que los individuos que componen la sociedad quedan librados a su suerte y deben conectarse entre sí a partir de su propio esfuerzo, con la ayuda de sus propias habilidades y de su propia persistencia. De todas maneras, y más allá de su esmero, ningún tipo de conexión que puedan establecer con el otro tiene garantía de duración, por lo que se forman vínculos lábiles, que permitan desatarse rápidamente y así minimizar riesgos cuando las condiciones cambien (cosa que seguramente sucederá repetidamente en la modernidad líquida). Se da por lo tanto una fragilidad en los vínculos humanos que vienen acompañados de inseguridad y deseos conflictivos que llevan al impulso de estrechar dichos lazos, pero también a mantenerlos flojos para poder así desanudarlos fácilmente, sin prejuicios ni cargos de conciencia. (Bauman, 2007, pp.7-12)

Nos encontramos, en esta época, inmersos en una constante aceleración, una vertiginosidad donde la pasión está fijada en la actualidad, el tiempo es ahora, y todo está condenado a la obsolescencia por el solo hecho de su propia existencia. Lo precario, lo efímero, los instantáneo y la fugacidad, son algunas de las cualidades que se asentaron como características de la época. En consonancia con ello, el consumo se encuentra centrado en el presente y es allí donde está el foco de interés de la sociedad.

Ésta modernidad líquida representa en sí misma una figura de cambio, de transitoriedad, y desregulación que impacta en cada uno de nosotros. Como consecuencia nos encontramos en una sociedad que ha devenido individualista y privatizada, marcada por el carácter volátil y transitorio de sus relaciones.

Es a partir de las variaciones socio-culturales producidas en esta época, que se han venido produciendo cambios también con respecto de la organización familiar, vincular y de pareja. Se da entonces una mercantilización de los lazos íntimos, donde las relaciones son percibidas en un marco de costo-beneficio y se ve al apego como una amenaza a la autonomía personal; nos encontramos en una sociedad permeada por la lógica del consumo y donde todas las relaciones, incluidas las de pareja, deben diluirse, hacerse líquidas, para poder ser

consumidas. (íbid., p.10). Es por eso que Bauman creó el término “amor líquido” para poder así describirlas.

Pero “la facilidad que ofrecen el descompromiso y la ruptura a voluntad no reducen los riesgos, sino que tan sólo los distribuyen, junto con las angustias que generan, de manera diferente” (Bauman, 2007, p.14).

Si el compromiso ya no tiene sentido y las relaciones no son confiables ni duraderas entonces se busca sentido y sostén ya no en la calidad sino en la cantidad, cambiando una pareja por otra a gran velocidad, con la idea de adquirir una destreza que más que dar conocimiento sobre el amor produce una “incapacidad aprendida” de amar. Se trata a la experiencia de amor como cualquier otra mercancía: se buscan productos listos para su uso inmediato, soluciones rápidas y satisfacción instantánea con el mínimo de esfuerzo. (íbid., pp.20-22)

Pero internarse en el amor implica ingresar a un terreno desconocido, donde la dependencia, la fusión y la incertidumbre se hacen presentes y donde se hacen necesarias cantidades enormes de humildad y coraje, cosas que hacen que en “un cultura en la que esas cualidades son raras, la conquista de la capacidad de amar será necesariamente un raro logro (Fromm, 2002)”. (Bauman, 2007, p.22)

A modo de reflexión

“Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero uno al final tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar”.

Sigmund Freud.

Históricamente la pareja ha sido objeto de larga investigación. En todas las épocas el arte y la ciencia, así como hombres y mujeres, se han cuestionado sobre el amor y sus vicisitudes y, obviamente, esto no escapa a nuestro momento actual y a los veloces cambios que trae consigo.

Encontrar a la persona adecuada, al “alma gemela” o “la media naranja” es uno de los mayores anhelos humanos, lo que lo convierte también en fuente de mucha ansiedad, expectativas y frustraciones. La vida de pareja se desarrolla como un complejo entramado relacional, capaz de generar tanto elevados placeres como también grandes sufrimientos.

Por este motivo es que la elegimos como objeto de estudio para la presente monografía, con la intención de realizar una reflexión crítica que nos permita ampliar el conocimiento en torno a su compleja trama y a su actual desarrollo.

Con ese fin es que nos propusimos incorporar distintos puntos de vista en el afán de aportar complejidad y producir sentido en relación al tema, ya que cuando hablamos del amor en la pareja, no nos referimos a un producto acabado ni a una receta a seguir para conseguir el éxito, sino por el contrario, lo pensamos como en constante construcción, en movimiento y abierto al cambio que la azarosa realidad le impone.

La sociedad contemporánea vive una época de importantes modificaciones, principalmente en las formas de relación entre sus integrantes. Si algo puede señalarse como específico de las últimas décadas son los vertiginosos cambios sociales y culturales en el mundo occidental. El sello del estilo posmodernista ha marcado la velocidad y los ritmos en los que ocurren los vínculos: los anudamientos de pareja se forman ya con la idea de que puedan desatarse rápida y fácilmente en caso de no brindar la buscada satisfacción.

Pero esto trajo aparejado un sentido generalizado de desilusión, de ideales no cumplidos, donde el “juntos para siempre” pasó a parecerse más a un “mientras dure”, que si bien tiene sus puntos a favor (porque permite a los *partenaires* la posibilidad de separación al enfrentarse a vínculos violentos o mal avenidos, cosa que en otros tiempos era impensable) por otro lado contraviene aspectos que, según lo desarrollado en este trabajo, hacen a las características del amor, como por ejemplo el deseo de profunda inter-conexión con el otro y el compromiso afectivo a largo plazo.

Se da, entonces, una fragilidad e inestabilidad en los vínculos de pareja que son, según Bauman, reflejo de la tensión entre la avidez por relacionarse y el miedo a la restricción de las libertades individuales o, según lo describe Galende, el producto del desequilibrio existente entre la ineludible necesidad del otro y la individualidad que repudia la dependencia.

Por otro lado, encontramos que Lipovetsky reconoce lo que él llama una “sentimentalización” del mundo, que contrapone a los valores mercantilistas de las sociedades. Para este autor, el valor del amor se ve aumentado gracias a los aportes narcisistas que propende en los *partenaires*, lo que lo vuelve deseable para las personas. De todas maneras no deja de reconocer que el desánimo y la insatisfacción generados por el individualismo y la vida de consumo se dejan ver a través de las relaciones amorosas, imprimiéndolas de una gran rotación afectiva y dando lugar a un sinfín de acontecimientos que no aportan experiencia.

Encontramos, entre los distintos autores trabajados en relación a lo contemporáneo, el reconocimiento de una exacerbada individualización promovida desde lo social.

Las lógicas del consumo actúan articulando un discurso sobre la autonomía y la libertad individual que, en última instancia, nos hace menos libres, ya que homogeniza las diferencias entre los individuos y masifica. Y es que la individuación nace del contacto con el grupo, de la relación con los otros nace el “yo”; es allí donde surge el contraste que nos señala como diferentes, como originales y no en la masificación del consumo, que aliena.

En las sociedades contemporáneas se asocia el bienestar y la libertad con la posibilidad de elegir y consumir dentro de una gran variedad de ofertas; lo innovador, lo novedoso nos seduce y se nos ofrece como promesa de intensa felicidad, quedamos inmersos así en una vorágine devoradora en la cual, al momento de consumir el tanpreciado objeto, éste ya deja de ser capaz de darnos la anhelada felicidad, se nos mantiene así en una eterna búsqueda, insatisfechos.

Pero el problema aparece cuando se quiere trasladar esta lógica de bienestar al encuentro con el otro, el que, desde esta perspectiva objetivante, es negado en su alteridad y singularidad. No se da el tiempo para un reconocimiento de lo diferente, para aprehender lo que el otro tiene para ofrecernos. Se trata más bien de contactos fugaces donde se consume y se descarta en favor de nuevos encuentros que prometen ser más placenteros.

No hay dudas que, desde esta lógica, se hace difícil pensar en aventurarse en las complejidades que implica la búsqueda de satisfacción en el encuentro, y en el caso de este trabajo, en el encuentro con el otro de la pareja. Asumir compromisos afectivos duraderos y profundizar en éstos se presenta como una dificultad para quienes conforman el vínculo amoroso. Cuando el tiempo que importa es el presente, es que se ve en el trabajo de construcción de la relación un gran esfuerzo que no ofrece garantías de satisfacción; el futuro ya no se invierte de progreso, como sucedía tiempo atrás, y bajo estas perspectivas, invertir en encuentros duraderos genera una incertidumbre y una inestabilidad que se hacen difíciles de tolerar.

Compartimos con los autores trabajados la opinión de que estamos -sobre todo en nuestras sociedades latinoamericanas, que vienen a la zaga del “primer mundo”- en una transición entre dos épocas, donde los valores de una van transformándose, por continuidad o por oposición, en los nuevos valores de la otra, pero que en esta superposición, conviven. Se generan así diversos discursos que coexisten y que nos remiten a una mirada aún más compleja sobre las influencias que afectan a los sujetos y a los vínculos en este fin de la modernidad. Estos discursos, a su vez, se ven ampliados en sus significados, ya que al estar insertos en un mundo globalizado, donde la expansión tecnológica permite comunicación instantánea con cualquier parte del mundo, los individuos acceden con facilidad al conocimiento de distintas formas de vivir y de ver el mundo, se vinculan con comunidades que le muestran valoraciones diversas de la realidad.

Se establece así una intrincada red vincular, donde pensar a las parejas en sus aspectos intra, inter y transubjetivos se hace relevante. Si bien al mencionar estos aspectos hacemos un cierto tipo de diferenciación o separación, no es más que a título explicativo, ya que lo real entre ellos es su intrincada interconexión.

Hoy más que nunca los compañeros de la pareja amorosa se ven atravesados por los espacios transubjetivos del vínculo. En esta extensa red de interacciones vinculares en la que se encuentran inmersos los seres viven la tensión que las modificaciones en las nuevas formas de vida y las relaciones les imponen. En relación a la pareja, a todos los aspectos tanto intra como intersubjetivos que según vimos hacen al vínculo, se suman todos los que hacen a su inserción en lo social. Esto no significa que en otras épocas los aspectos sociales no interactuaran con lo que hacía a la vida de la pareja, por el contrario. Lo que queremos destacar aquí es que si bien en otros tiempos las sociedades acompañaban y sostenían a sus integrantes en lo referente a las angustias generadas en la formación de vínculos duraderos y en su proyección a futuro, hoy desde las sociedades de consumo se dan otros discursos.

Por un lado se “vende” desde la cultura una imagen de relación de pareja como forma deseable de procurarnos satisfacciones y de sobrellevar la soledad y otros malestares. Esto se ve, inter-influenciado por la coexistencia temporal en el imaginario social de ideas que tienen que ver más con la visión romántica del vínculo, dada la convivencia entre valores del modernismo y del posmodernismo.

Pero, por otro lado, se propende a una extremada individualización de los sujetos, favoreciendo el interés personal y la autoconstrucción a expensas de los otros. Se beneficia desde este discurso la desligazón entre los individuos, que sumidos en una imagen de libertad consumista, se masifican. Surge entonces un temor a la exclusión social que se suma a la inseguridad y a la incertidumbre que generan la velocidad en la que se dan los cambios y la labilidad que adquieren los vínculos. Frente a este panorama los individuos quedan “liberados” a su suerte y sin un discurso social que los sostenga.

Es en el espectro de todo lo descrito que los seres contemporáneos debemos formar nuestra subjetividad. Nos encontramos en el entrecruzamiento de discursos contradictorios, que confunden y producen sufrimiento, tensionados por las divergencias entre las distintas exigencias que se dan tanto sobre el vínculo de la pareja, como sobre los individuos en sí.

Pero, como es sabido, la conformación de una pareja y su posterior mantenimiento dependerá de la peculiaridad de los aportes de cada uno de sus integrantes y de lo que juntos produzcan en el vínculo amoroso.

Si bien en la actualidad la pareja se escoge mayoritariamente por amor, es justamente por eso que se ponen sobre ella grandes expectativas en torno a encontrar a aquella persona que cumplirá los sueños de amor eterno, compañerismo, sexualidad, familia y la que cubrirá también las esperanzas de ser cuidado, amado y protegido, humanas esperanzas que no se satisfacen ni con el más desenfrenado consumo. Paradójicamente, la humanidad parece seguir depositando sus esperanzas en el vínculo amoroso.

Es en el transcurso de este devenir que todavía no se hace posible hacer una estimación de cómo las nuevas modalidades de la pareja afectarán a los procesos de subjetivación individual y al entramado social.

Dadas las características de este trabajo, no se trata de pensar a la relación de pareja como algo que limita la individualidad de cada uno de los *partenaires*, sino por el contrario, destacamos en ella su capacidad de renovación, de dinamismo y de creación, así como su aporte a la apertura de un espacio de articulación y cuestionamiento de las diferencias individuales.

Y es desde esta perspectiva que reflexionamos sobre el papel que juega el Psicoanálisis en relación al tema del vínculo de pareja en la actualidad, sus vicisitudes y sus sufrimientos.

Pensar en relación a los caminos que nos han traído hasta aquí y generar otros nuevos, implica articular lo que permanece y lo que cambia. Vivimos en una sociedad de constante transformación y veloces cambios, ello nos lleva a que los posicionamientos y los conceptos necesiten complejizarse. La apertura a un diálogo que ponga en interacción el nutrido campo de atravesamientos por los que se ve impactado hoy el vínculo de pareja, que no niegue sus conflictos y que reconozca la diferencia como vía hacia su evolución nos lleva a pensar en las posibilidades de que la pareja acceda a nuevas posiciones que le permitan moverse del lugar del sufrimiento vincular.

Desde el Psicoanálisis, la búsqueda de un nuevo equilibrio que ayude a las personas a aprender sobre sí mismas y sus vínculos, a responsabilizarse por sus elecciones, a comprometerse y que a su vez abra posibilidades a la transformación y al crecimiento, se hace, más que nunca, prioritario. No es que ya no lo haga, no nos referimos a eso, sino que frente a estos nuevos retos se hace imperioso darle un lugar a lo azaroso, lo imprevisible y vertiginoso del cambio.

Como nos propone Denise Najmanovich (1995, p.68)

La transformación de nuestra mirada que estamos viviendo implica pasar de la búsqueda de certezas a la aceptación de la incertidumbre, del destino fijado a la responsabilidad de la elección, (...), de una única perspectiva privilegiada al sesgo de la mirada.(...) Ese reencuentro del sujeto con su mirada ha dejado al descubierto nuestras limitaciones y nuestras posibilidades, ha eliminado las garantías tranquilizadoras y nos ha abierto las puertas al vértigo de la creación.

Y nosotros nos preguntamos con ella: ¿sabremos aceptar el desafío?

Referencias bibliográficas

- Adissi, Y.R. (s.f.). El amor y la pasión en Freud. Revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Recuperado de <http://bibliotecadigital.apa.org.ar/greenstone/collect/revpa/index/assoc/19975404p0979.dir/REVAPA19975404p0979Adissi.pdf>
- Alizalde, A.M. (1997). El amor conyugal. Rev. De Psicoanálisis, LIV, 4, pp.917-928.
- Alizalde, A.M. (2008). La pareja rota: un ensayo sobre el divorcio. Buenos Aires: Lumen.
- Aulangier, P. (1994). Los destinos del placer. Buenos Aires: Paidós.
- Bauman, Z. (2003). Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2008). Tiempos líquidos: vivir en una época de incertidumbre. México: Tusquets
- Burin, M. y Meler, I. (2001). Género y familia: poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad. Buenos Aires: Paidós.
- Campuzano, M. (s.f.). Psicodinamia y sociodinamia de la pareja humana. Revista Subjetividad y Cultura. Recuperado de: <http://subjetividadycultura.org.mx/wp-content/uploads/wp-post-to-pdf-cache/1/psicodinamia-y-sociodinamia-de-la-pareja-humana.pdf>
- Freud, S. (1986a). Introducción del narcisismo. En *Obras Completas*. Vol. 14 (pp.65-98) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1986b). El malestar en la cultura. En *Obras Completas*. Vol. 21(pp. 65-140) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930 [1929]).
- Freud, S. (1986c). Pulsiones y destino de pulsión. En *Obras Completas*. Vol. 14 (pp.113-134). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915)

- Freud, S. (1987). 20° conferencia. La vida sexual de los seres humanos. En *Obras Completas*. Vol. 16 (pp.277-291) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917 [1916-17])
- Freud, S. (1989a). Más allá del principio del placer. En *Obras Completas*. Vol.18 (pp.7-62) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (1989b). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas*. Vol. 18 (pp. 67-136). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. (1997a). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa: contribuciones a la psicología del amor, II. En *Obras Completas*. Vol.11 (pp. 171-183). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- Freud, S. (1997b). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre: contribuciones a la psicología del amor, I. En *Obras Completas*. Vol.11 (pp. 159-168) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1910).
- Freud, S. (1998). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas*. Vol.7 (pp. 109-224) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Fromm, E. (2002). El arte de amar: una investigación sobre la naturaleza del amor. Buenos Aires: Paidós.
- Galende, E. (1998). De un horizonte incierto: Psicoanálisis y salud mental en la sociedad actual. Buenos Aires: Paidós.
- Kaës, R. (1993). El grupo y el sujeto del grupo: elementos para una teoría psicoanalítica del grupo. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kaës, R. (2007). Los vínculos y las alianzas inconscientes. Página / 12. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-83178-2007-04-12.html>
- Kernberg, O. (1995). Relaciones amorosas: normalidad y patología. Buenos Aires: Paidós.
- Lipovetsky, G. (2000). La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo.

Barcelona: Anagrama.

Lipovetsky, G. (2008). *La sociedad de la decepción: entrevista con Bertrand Richard*.

Barcelona: Anagrama. Recuperado de

http://alvarezteran.com.ar/wpcontent/uploads/downloads/2011/07/la_sociedad_de_la_decepcion.pdf

Milano, G. (2014). *Del amor hoy*. Publicación Digital AAPPG. Pp. 141-159. Recuperado de

<https://issuu.com/revistaaappg/docs/revistaaappg2014>

Najmanovich, D. (1995). El lenguaje de los vínculos: de la independencia absoluta a la

autonomía relativa. En E. Dabas, *Redes: el lenguaje de los vínculos*. (pp.33-76).

Buenos Aires: Paidós. Recuperado de

http://redesintelectuales.net/pdfs/archive/textos_sugeridos/El_Lenguaje_de_los_vinculos.pdf

Najmanovich, D. (2001). *La complejidad: de los paradigmas a las figuras del pensar*.

Recuperado de

<http://www.pensamientocomplejo.com.ar/docs/files/Complejidad%20-%20Najmanovich.pdf>

P. de Berenstein, S. (s.f.). *Vida en Pareja: Conflicto , Crisis, Infidelidad*. Recuperado de

http://fepal.org/images/M_images/berenstein.pdf

Puget, J. (comp.). (1996). *La pareja: encuentros, desencuentros, reencuentros*. Buenos

Aires: Paidós.

Puget, J. y Berenstein, I. (1989). *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Buenos Aires:

Paidós.

Puget, J. y Berenstein, I. (1997). *Lo vincular*. Buenos Aires: Paidós.

Sánchez-Escárcega, J. (s.f.). *Transformaciones, parámetros y tipologías de la pareja*

contemporánea. Recuperado de: <http://sujetividadycultura.org.mx/transformaciones-parametros-y-tipologias-de-la-pareja-contemporanea/>

Sánchez-Escárcega, J. (s.f.). *Efectos de la cultura posmoderna sobre la pareja*. Recuperado

de http://www.psicoterapiarelacional.es/Portals/0/eJournalCeIR/V2N1_2008/14_JSEscarcega_Efectos_Cultura_posmoderna_CeIRV2N1.pdf

Sánchez-Escárcega, J. (s.f.). *El amor en los tiempos del posmodernismo*. Recuperado de

<http://subjetividadycultura.org.mx/wp-content/uploads/wp-post-to-pdf-cache/1/el-amor-en-los-tiempos-del-posmodernismo.pdf>

Spivacow, M. (2012). Clínica psicoanalítica con parejas: entre la teoría y la intervención.

Buenos Aires: Lugar Editorial.

Spivacow, M. (s.f.). El enamoramiento y sus enigmas. Videoconferencia. AAPPG virtual recuperada de <http://www.aappg.org/aappg-virtual>

Varela, G. (2004). El Amor en la Adolescencia: Los adolescentes que no pueden amar. Revista Uruguaya de Psicoanálisis 2004; pp. 132 – 152. Recuperado de http://www.apuruquay.org/revista_pdf/rup99/rup99-varela.pdf

Notas

¹ Hablamos aquí de simetría en el sentido que Piera Aulagnier (1994, p.198) hace del término, entendiendo como tal una relación que se define por el sitio privilegiado que cada uno de los yoes ocupa en el otro y por el hecho de que cada uno atribuye al otro el mismo poder de placer y sufrimiento.

² Cabe la aclaración de que cuando en el presente trabajo se habla de posmodernismo, modernidad tardía, hipermodernidad o modernidad líquida, nos referimos siempre a la época contemporánea, solo varía la denominación en función del autor que se trate.